SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Don Gil de las Calzas verdes

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

TIRSO DE MOLINA

Gabriel Téllez

REFUNDIDA POR

TOMÁS LUCEÑO

MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1903



DON GIL DE LAS CALZAS VERDES

DON GIL DE LAS CALZAS VERDES

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

TIRSO DE MOLINA

REFUNDIDA POR

TOMÁS LUCEÑO

Representada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 4 de Octubre de 1902



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA JUANA	Sra.	Pino.
DOÑA INÉS	Srta.	Bremón.
DOÑA CLARA		Catalá.
LUCÍA	Sra.	Domínguez.
BERNARDA	Srta.	Matas.
DON MARTÍN	Sr.	Morano.
DON PEDRO		Vallés.
DON JUAN		Tallaví.
CARAMANCHEL		Mendiguchía.
QUINTANA		Rubio.
OSORIO		López Alonso.
DON DIEGO		Gonzálvez.
DON ANTONIO		Sepúlveda.
CELIO		Cayuela.
FABIO		Sala.
DECIO		Mata.
LUCAS		Mora.
UN ALGUACIL		Belda.

La acción en Madrid.—Siglo XVII



ACTO PRIMERO

Huerta en las inmediaciones de Madrid.—A la izquierda (siempre del espectador) una casa humilde con puerta y dos ventanas. En el fondo, último término izquierda, una noria movida por un borriquillo, al cual golpea, suavemente, con un palo, LUCAS. A la puerta de la casa, LUCÍA sentada en una silla baja hilando. Paisaje alegre y pintoresco.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA y LUCAS

LUCÍA — Gran compasión del asno es la que tienes...
¡Dale, que para eso le mantienes!
No paece el palo que pa él doblegas,
la mesma vara conque á mí me pegas.

LUCAS — Seis veces eso propio has ripitido,
y las seis mis orejas lo han oido;
más callo la ripuesta,
porque es timprano pa que armemos fiesta.
El asno es un sujeto
merecidor de estima y de rispeto,
y si á golpes mi vara le revienta,
quédome sin el ser que me sustenta.
Mientras que tú, Lucía, si te mueres,
lo que en el mundo sobra son mujeres.

LUCÍA (Con intención.)
Pues si se muere el asno, nada pasa,
que aun queda otro... ¡y en la mesma casa!

LUCAS (Desentendiéndose y arreando al borrico con blandura.)
¡Arre, hombre!... Y perdona
si ofendo, al decir hombre, *tu persona.*
¡Mas de uno, si pudiera,
trocara por la tuya su mollera!

LUCÍA Hasta después, jumento.
(Levantándose de la silla. Lucas se la queda mirando como si creyera que le insultaba.)
Es al asno al que va este cumplimiento.

LUCAS La merienda prepara,
que doña Inés, don Pedro y doña Clara,
esta tarde vendrán, y es cosa cierta
que al hallarse en la huerta,
quieran algo comer, que aquestas gentes
no dan paz á los dientes,
lo mesmo en la campiña que en la corte,
que el comer y el beber tienen por norte.

LUCÍA ¡Del que te paga no hables mal, menguado!

LUCAS ¡Si hablara bien no fuera buen criado!
(Vase Lucía, recogiendo la silla y la rueca con el huso.)

ESCENA II

LUCAS

Agora á descansar, bestia juiciosa...
(Empieza á desatar al borrico y á quitarle los arreos.)
come si quieres, y si no reposa...
Al prado te remito,
y á tus anchas allí, libre y solito,
rebuzna, salta ó á placer cocea,
que yo no he de estorbar á tu tarea;
antes bien, si me apuras, fácil fuera,
que en esa diversión yo te siguiera.
(Vase llevándose al burro.)

ESCENA III

DOÑA JUANA, vestida de hombre con calzas verdes, y QUINTANA, de criado. Salen por la izquierda

QUIN. Ya que en Madrid nos hallamos,
¿no pudiera yo saber
qué causa ha podido haber
para que á Madrid vengamos?
Te quise ayer preguntar
el por qué de esta jornada;
pero llegaste cansada,
y te dejé reposar.
Mas hoy dime la razón
que te trae de esas trazas,
y para qué te disfrazas
siendo mujer, de varón
JUA. Aun es muy pronto, Quintana.
QUIN. Cinco días hace hoy
que mudo contigo voy.
Un lunes, por la mañana
en Valladolid quisiste
fiarte de mi lealtad,
dejaste aquella ciudad
y á la corte te partiste,
abandonando la casa
de tu padre, que te adora,
sin ser posible, hasta ahora,
que me digas lo que pasa.
Y yo achacoso y aun viejo
callo y camino tras tí...
¿Dónde me llevas así?
O lo dices, ó te dejo.
JUA. Desharé tu confusión.
El caso te ha de asombrar ..
¿Juras que me has de ayudar?
QUIN. (Cruzando las manos.)
¡Por estas, que cruces son!
JUA. Yo no sé si has reparado
que el alba en Valladolid
nace presto y nace alegre...

QUIN. Como en todas partes, sí...
JUA. No, que nace más temprano,
que yo la he visto salir.
QUIN. ¡Ave María Purísima!
Bueno, pues la causa dí.
JUA. Es por ver la donosura,
el talle airoso y gentil
y el bozo que apunta al labio
del mancebo don Martín
de Guzmán, á quien adoro
desde el punto en que le ví.
Fué en la iglesia... Nuestros ojos
se encontraron sin sentir;
yo por él lancé un suspiro,
y él otro lanzó por mí.
A un Santo Cristo miramos,
como queriendo decir:
«¿Es de tu agrado este amor?»
Y él con sonrisa infantil,
nos respondió dulcemente
y muy bajito, que «sí».
Aprestó desde aquel día
asaltos para batir
mi libertad descuidada;
dió en servirme desde allí;
papeles leí de día,
músicas de noche oí,
joyas recibí... y ya sabes
lo que sigue al recibir.
Mi honor, que siempre fué mío...
QUIN. (Con cierta tristeza.)
No sigas, lo comprendí.
JUA. Llegó á oídos de su padre,
y en esto desde Madrid,
carta le escribió su amigo
don Pedro Velasteguí,
diciéndole: «Tengo hija,
la doto con treinta mil
ducados; linda y discreta,
cosa no vista hasta aquí.
Asegúrame la gente
que vuestro hijo don Martín
parece en su gentileza
una rosa por Abril.

¿Queréis, pues, que los casemos?
Pudiéranos convenir.
Si hay sucesión, cada hijo
ha de ser un serafín.»
Como el padre de mi amante,
(mi esposo puedo decir)
tiene más deudas que arenas
el río Guadalquivir,
respondióle: «Es cosa hecha,
pero no con don Martín,
que está casado; os envío
en lugar de él á don Gil,
mi sobrino, bravo mozo
que ha de hacerla muy feliz.»
¿Lo vas entendiendo?

QUIN. No;
¡como tan torpe nací!
Mas deja que te pregunte,
¿si es tu amante don Martín,
qué se te da que á la corte
venga á casarse don Gil?

JUA. Necio, si don Gil no existe,
si es el mesmo don Martín
que viene con aquel nombre,
porque quieren impedir
que yo al saberlo me plante
en cas de Velasteguí
y les estorbe la boda...

QUIN ¡Ahora he dado en el ardid!

JUA. Y una vez que estén casados,
entonces será el decir:
suegro, don Gil yo no soy;
esposa, soy don Martín.
Y ya tienes explicado
el verme vestida así.
Porque agora entenderás
que yo he venido á Madrid,
á deshacer cuanto haga
ese fingido don Gil.
Yo, don Gil he de llamarme
también: aun no discurrí
los medios de qué valerme,
pero han de sobrarme al fin,
que Dios, á falta de fuerzas,

nos dió ingenio muy sutil;
mujer soy, y enamorada...
más, ya no puedo decir.

QUIN. ¡Pues á luchar!

JUA. ¡A luchar!
Tú no vengas junto á mí,
porque viendo tu persona,
pudiéranme descubrir...
Cuando te necesitare
te llamaré.

QUIN. Pues aquí
nos damos la despedida..
Los enredos de Merlín
vas á dejarlos chiquitos.
¡Dios te deje conseguir
el fin de tus esperanzas!
¡Yo te bendigo! (Echándole la bendición.)

JUA. ¡Y yo á tí! (Idem)
(Vase Quintana.)

ESCENA IV

DOÑA JUANA y CARAMANCHEL, que sale por la derecha

CAR. (Abatido.)
¡De pena me he de morir!
Por honrado y por leal
lo estoy pasando tan mal..
¡Ya no tengo á quien servir!
De todo lo cual se infiere
que no tengo que comer;
á esto sigue el no beber,
y el que no bebe se muere.

JUA. ¡Hola!

CAR. (Como amoscado)
¿Qué es eso de hola?
Eso es bueno que lo diga
el criado que le siga
como contera á la cola.
Hola, yo no he de acetar...
Olla sí, que estoy hambriento;
y si es grande, más contento,
que soy difícil de hartar.

JUA. Pues yo, que «hola» te llamo,
rica olla dar podré.

CAR. (Descubriéndose y haciendo reverencia.)
Perdóneme vuesarcé...

JUA. ¿Buscas amo?

CAR. Busco amo.
Que si el cielo los lloviera,
y las chinches se tornaran
amos; si amos pregonaran
por las calles; si estuviera
Madrid de amos empedrado,
y ciego yo los pisara,
nunca en uno tropezara
según soy de desgraciado.

JUA. Pues qué, ¿tantos has tenido?

CAR. Muchos, pero más enormes
que Lazarillo de Tormes...
Un mes serví, no cumplido,
á un médico muy barbado
que gana matando el pan;
guantes de ámbar, gorgorán,
con el bigote engomado,
muchos libros, poca ciencia;
pero no me aprovechaba
el salario que me daba,
porque con poca conciencia
lo ganaba su mercé,
y yo quiero honrada gente,
que en religión soy creyente.

JUA. Mal lo ganaba, ¿por qué?

CAR. Por mil causas: la primera,
porque con cuatro aforismos,
un texto y tres silogismos
curaba una calle entera.
No hay facultad que más pida
lectura de libros buenos,
ni gente que estudie menos
con importarnos la vida.
Si algo quería aprender,
su esposa se lo estorbaba,
porque á cenar le llamaba
antes del anochecer
gritando: acabad, señor,
que hora es ya de ir á la cama;

cobrado habéis harta fama
de inteligente doctor.
Dad al diablo los galenos
que os han de hacer tanto daño,
¿qué importa al cabo del año
veinte muertos más ó menos?
Como estudiar no podía,
para salir del aprieto,
de un cartapacio repleto
de recetas que tenía,
sacaba media docena
que iba á los enfermos dando
al buen tun, tun, exclamando:
«Dios te la depare buena.»
¿Parécele á vuesanté
que tal modo de ganar
me podría aprovechar?
Pues por eso le dejé.

JUA. ¡Conciencia tiene el criado!

CAR. Acomodéme después
con un abogado que es
con las bolsas despiadado.
¡Las abre cada agujero!...
Al infeliz pleiteante,
ya vencido, ó ya triunfante,
le despoja del dinero.
Defendía con ardor
á las gentes maleantes,
y era de aquestos tunantes
el más firme defensor,
fundando en ello su goce.
Una vez, yendo conmigo,
dijo á uno: «Adiós, amigo.»
A mala gente conoce
repliquéle—y contestó
«ese dió muerte á su abuelo
y cuando le vió en el suelo,
ante su cuerpo bailó.
Mas yo con habilidad
probé su pura inocencia,
y al dar el fallo la Audiencia
le ha dejado en libertad.»
Conque yo dije: ¿abogado
que así ampara á un asesino?

No en mis días, que no es dino
de que le tenga á mi lado.
Serví luego á un clerigón
un mes—pienso que no entero—
de lacayo y despensero;
modos y aires de matón;
su gran bonete calado,
lucio, grave, carilleno,
el rostro, verde moreno,
el cuello, torcido á un lado,
y hombre tal, que nos mandaba
á pan y agua ayunar
los viernes, á fin de ahorrar
la pitanza que nos daba;
y, él comiéndose un capón,
(pues tenía con ensanchas
la conciencia, por ser anchas
las que canónicas son),
quedándose con los dos
alones cabeceando,
decía, al cielo mirando:
«¡Ay, ama, qué bueno es Dios!»
Dejéle, en fin, por no ver
santo que tan gordo y lleno,
nunca á Dios llamaba bueno
hasta después de comer.
Si te hubiera de contar
los amos que en varias veces
serví y andan como peces
por los golfos de este mar,
fuera trabajo enojoso.
Baste decirte por hoy,
que sin acomodo estoy
por ser hombre escrupuloso.

JUA. Pues si das en ser cronista
de los amos que has tenido,
desde agora yo te pido
que me pongas en la lista.
Sabe, pues, que hoy te recibo. .

CAR. Agrádame ese lenguaje...
pero, ¿quién ha visto paje
con lacayo? (Mirándole con curiosidad.)

JUA. Yo no vivo
sino solo de mi hacienda;

ni paje en mi vida fuí;
vengo á pretender aquí
un hábito ó encomienda;
y porque en Segovia dejo
malo á un mozo, he menester
quien me sirva.

CAR. ¿A pretender
entrais joven?... Saldréis viejo.

JUA. ¿Con que acetas?

CAR. Sin trabajo;
y os juro que he de ser fiel.

JUA. ¿Llámaste?

CAR. Caramanchel
porque nací en el de abajo.

JUA. (Contemplándole.)
Aficionándome vas
por lo airoso y lo sutil.

CAR. ¿Cómo os llamais vos?

JUA. Don Gil.

CAR. ¿Y qué más?

JUA. Don Gil no más.
Agora importa encubrir
mi apellido... ¿Qué posada
conoces limpia y honrada?

CAR. Una te haré prevenir
donde cómodo te hospedes.

JUA. ¿Hay ama?

CAR. ¿Si hay ama? ¡Y moza!

JUA. ¿Cosquillas tiene?

CAR. ¡Y retoza!

JUA. ¿Calle?

CAR. Mesón de Paredes.

JUA. ¡Vamos! (Aparte.) ¡Qué zozobra llevo!
¡Lumbre despide mi cara!
¡Madrid, recibe y ampara
este forastero nuevo!

CAR. (Mirando regocijadamente á doña Juana.)
Pero, señor, ¡qué bonito
que es el tiple moscatel!

JUA. ¿No vienes, Caramanchel?

CAR. Vamos, señor... don Gilito. (Vanse derecha.)

ESCENA V

DON PEDRO, DON MARTÍN y OSORIO

PEDRO Gozoso estoy de haberos recibido
para alegrar mi casa, que es la vuestra.
La carta que he leído
de vuestro tío Andrés, claro demuestra,
después de conoceros,
que no anduvo excesivo y sí prudente,
dedicando concetos lisonjeros,
á vuestra gallardía y continente.
Años ha, don Andrés y yo tenemos
recíproca amistad, ya convertida
en fraternal amor, y ambos podemos
recordar con placer, de nuestra vida
las pasadas edades,
que no turbó jamás ni una quimera
propia de las primeras mocedades.
MAR. ¡El, señor, os estima y considera!
PEDRO Y ya que don Martín, comprometido,
hace imposible aqueste casamiento,
que vos en su lugar hayais venido,
señor don Gil, me tiene muy contento.
MAR. Comenzais de manera á adelantaros
en hacerme merced, que temeroso
señor don Pedro, de poder pagaros
ni aun con palabras, quedo silencioso.
Mucho me honrais desde el primero instante.
Agradezco callando, y bien os muestro,
(como os lo dice, claro, mi semblante),
que no soy mío ya, pues que soy vuestro.
Ahora, señor, quisiera,
y no extrañéis mi natural anhelo,
conocer á mi dulce compañera,
la que ha de ser mi bien, mi alegre cielo.
Hánme dicho, don Pedro, que es hermosa,
tanto que al lado suyo no hay mujer
que no parezca linda y aun preciosa.
PEDRO No os entiendo don Gil.
MAR. Lo vais á ver.
¿No es un sol de hermosura? El sol reparte

su purísima luz con las estrellas...
Pues doña Inés, no hay duda, les da parte
de la suya al estar al lado de ellas.
Por eso la que es fea, se hermosea
con lo que Inés la da de sus encantos.
Inés, dichosa, en ello se recrea,
que aunque reparte tantos,
ve que á su faz no falta, ni un hechizo,
pues tiene su belleza asegurada;
¡como que Dios la hizo
del vivo resplandor de su mirada!

PEDRO No quiero que cojamos de repente
á doña Inés, que aguarda con deseo
conocer á su nuevo pretendiente,
que presto ha de llevarla al himeneo.
A esta huerta del Duque, convidada
por su prima, vendrá, si no ha venido;
mientras efeto tiene su llegada,
pasead, divertido,
por la cañada ó por el verde prado
y respirando el aura vespertina,
que todo el que de amor está picado
suele encontrar en ello medicina.
Y así que venga Inés, iré á buscaros;
juntos vendremos al caer la tarde.
Yo tendré complacencia en presentaros,
y vos haréis de vuestro amor alarde.

MAR. Paréceme de perlas, ¡señor mío!
Vuestro mandato espero,
y en vuestra discreción siempre confío.
En el paso primero,
ya la fortuna pónese á mi lado,
como mi afán desea,
puesto que, cuerdo, habéis determinado
que á doña Inés yo vea
cuando la luz del día esté á la muerte.
Y hablar de amores al caer el día,
es la suprema suerte,
es el cielo, señor de la poesía.
Con Dios quedad.

PEDRO El guíe vuestra senda.

MAR. A mi tío escribir hoy mesmo quiero,
porque tengo interés en que él entienda
que en vos hallé perfeto caballero.

PEDRO Yo también le diré que es de mi agrado
vuestra gentil presencia,
que mi hijo seréis, más estimado
cuanto fuere mayor la descendencia.

MAR. (Haciendo medio mutis con Osorio.)
¡El embuste hasta agora va excelente!

OSORIO (Bajando la voz.)
Apresura, Martín, el casamiento
antes que doña Juana se presente.
No malgastes ni un día, ni un momento.
Cásate hoy mismo, aunque mañana quedes
en estado viudo.

MAR. Aqueso fuera
pedir á Dios muchísimas mercedes,
y dudo de que Dios las concediera.
(Vanse derecha.)

ESCENA VI

DON PEDRO

Me place... ¡bravo mozo!... y bien se explica.
Hay que contar con que mi Inés es rica,
y linda como un mes de primavera.
Tiene á quien parecerse, que yo era
de mancebo, gentil y bien formado.
Me llamaban de apodo *el Torneado*,
y de amantes celosos y maridos
algunos palos tengo recibidos.
Mas después de curado,
volvía con más fuerza á lo... pasado.
(Santiguándose.)
¡Pero qué estoy diciendo, Dios clemente!
¡Borrad estas hazañas de mi mente,
que si fuí pecador al realizallas,
pienso que más lo soy al recordallas!

ESCENA VII

DICHO y DOÑA INÉS, DOÑA CLARA y DON JUAN por la izquierda. Son acompañados por dos músicos con violines

INÉS — Yo no sé por qué te enfada
que aquí venga á divertirme.
JUAN — ¡De celos he de morirme!
CLARA — ¡Pues será muerte excusada!
¿No es vuestro su corazón?
INÉS — ¿No es tuya mi vida entera?
CLARA — ¿O es que queréis que se muera
en un obscuro rincón?
JUAN — Yo quiero que á nadie mire,
que no hable con sér humano,
que nadie toque su mano...
quiero que cuando suspire
nadie recoja su aliento
que mi alma con ansia bebe,
porque temo que lo lleve
á otro corazón el viento.
CLARA — Pues ambas manos cortalla
y la lengua le arrancad,
los dos ojos le sacad;
y si suspira, tapalla
la boca—si celos sientes,—
y así el suspiro, en seguida,
como no hallará salida
se quedará entre los dientes.
INÉS — ¡Me afrentas con ser celoso!
JUAN — ¡Todo amante desconfía!
INÉS — ¡Estando tan cerca el día
de que te llame mi esposo!
PEDRO — (Al cual no habían visto los demás.)
¿Su esposo don Juan?... Inés...
INÉS — (Tímidamente.)
Señor... no había mirado...
PEDRO — (En tono de reprensión.)
En cambio yo te he escuchado
algo que verdad no es.
Acércate... (A don Juan y á Clara.) Y perdonad.
He de hablalla de un asunto.

CLARA (A don Juan.)
Negra tempestad barrunto.

JUAN (A Clara.)
Respeto su ancianidad.
Pero luego he de saber
por qué vertió ese conceto...

CLARA Cachaza; que yo os prometo
deciros lo que hais de hacer.

PEDRO Aclara bien el sentido
de lo que has dicho al galán,
porque creo haber oído
algo que sonó á marido,
refiriéndote á don Juan.

INÉS No te niego que fué así;
ni te alteres, que no es justo,
pues yo palabra le dí
creyendo que era tu gusto
hacerme dichosa á mí.
¿Qué pierdes en que pretenda
ser tu yerno, si en rigor
es dueño de mucha hacienda?

PEDRO Esposo tienes mejor
que á tu bienestar atienda.
No te pensaba advertir
tan presto de lo que trazo,
más si empiezas á sentir
prisa en acortar el plazo
de tu boda, he de decir
mi propósito al momento,
que es peligroso guardar
doncella que en el casar
muestra un apresuramiento
que puede hacer sospechar...
Has de saber que ha venido,
y hoy presentártele quiero,
un bizarro caballero
muy rico y muy bien nacido
de Valladolid... Primero
que le admitas, le has de ver.
Diez mil ducados de renta
y un tío que está al caer.
Pienso que nos tiene cuenta
que tú seas su mujer.

INÉS ¿Faltan hombres en Madrid

con cuya hacienda y apoyo
me cases sin ese ardid?
¿No es mar, Madrid? ¿No es arroyo
de ese mar Valladolid?
¿Pues por un arroyo olvidas
del mar los ricos despojos?
¿O es bien que mi gusto impidas,
y, entrando amor por los ojos,
dueño me ofrezcas de oídas?
Si la codicia senil
que á toda vejez infama
te vence, mira que es vil
defeto... ¿Y cómo se llama
ese hombre?

PEDRO — Don Gil.

INÉS — ¿Don Gil? (Riéndose.)
¿Marido de villancico?
¿Gil?... Jesús, no me le nombres;
ponle un cayado y pellico.

PEDRO — No repares en los nombres
cuando el dueño es noble y rico
Tú le verás y yo sé
que al verle quedas prendida. .

INÉS — Pues yo me desprenderé,
aunque muera en la caída.

PEDRO — Por él voy... te le traeré.
¡Aquí aguarda!

INÉS — ¡Ya lo creo,
que conocerle deseo!

PEDRO — Está cortés.

INÉS — Sí he de estar;
y aun le pienso regalar
con algo que de aquí veo
y que se vende en las plazas.

PEDRO — (Haciendo mutis.)
Harás bien si el juicio aplazas..

INÉS — ¡Fuera grosería cierta!...
Novio que nace en la huerta,
hay que darle calabazas.

ESCENA VIII

DICHOS menos DON PEDRO

INÉS (Volviendo al lugar en que han estado hablando don Juan y Clara.)
Amigos, no hay que alterarse;
no fué negocio de Estado.
Pues la música llegó,
Pasemos alegre rato.
¡A eso hemos venido aquí!

JUAN Doña Inés, siento desmayos
de incertidumbre, y quisiera
me dijérais sin reparo
de qué os habló vuestro padre.

INÉS ¡Lo sabréis!... Para calmaros
(Con énfasis cómico.)
ese incendio que os consume,
tomad, aquesta es mi mano;
y á bailar.

CLARA (Con regocijo.) Perfetamente.
Tú dirás lo que bailamos.

INÉS Baile de pocas figuras:
una pavanilla á cuatro.

CLARA (Riéndose.)
¿A cuatro?.. ¡Si somos tres!

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA JUANA que se presenta de pronto. Sigue en traje de hombre

JUA. Agora ha llegado el cuarto.
(Aparte y fijándose en doña Inés.)
¡Aquella ha de ser!...

JUAN (Con extrañeza, pero galante.)
¡Señor!...

CLARA (Aparte á doña Inés.)
¡Lindo mancebo!

INÉS Enamora

su faz: parece la aurora
en su primer resplandor.

JUA. (Con mucha cortesía y dulzura)
Besando á vuestras mercedes
las manos, perdón les pido,
si hablando así me tenedes
por descortés y atrevido.
Soy forastero, y quisiera
gozar de vuestro recreo
que aquí tan colmado veo...

CLARA ¡Faltando vos, no lo fuera!

JUA. Cosa es tenida por ciencia
que en Madrid, toda mujer,
en lo hermosa puede hacer
al mesmo sol competencia.
Cuéntase que su mirada
da muerte y también da vida:
vida, si al amor convida,
y muerte, cuando es airada.
Dijéronme: «forastero,
ojo», que en Madrí hay ladrones
que desprecian el dinero,
mas roban los corazones
Y yo, que apenas la infancia
dejé, de eso me reí...
¡Qué atrevida es la ignorancia!
¡Ahora me río de mí!
Porque al ver tanta belleza,
feo paréceme el cielo.
¡Triste de mí, al primer vuelo,
he caído de cabeza!

CLARA (A Inés.)
De oirle, no sé qué siento.

INÉS Yo sí, Clara, siento amor.

JUAN Se os agradece, señor,
el lenguaje, que es atento,
y os invito, cortesano,
á que miréis al hablar,
que una de ellas me ha de dar
presto de esposa la mano.

JUA. ¡Nada hay perdido, por Dios!
Ambas nublan mi sentido.
Y así, reverente os pido
la que os sobre de las dos.

Yo he de casarme con una,
que á aquesto vengo á Madrid.

INÉS ¿Y sois?

JUA. De Valladolid.
¡Y es bien ilustre mi cuna!

INÉS Conoceréis de contado
á un don Gil, allí nacido,
y que á la corte ha venido
dicen que á tomar estado.

JUA. ¿Don Gil de qué?

INÉS Qué sé yo...
¿Puede haber más de un don Gil
en todo el mundo?

JUA. ¿Tan vil
es el nombre?

INÉS ¿Quién creyó
que á un «Gil» un don se le diera?

JUAN (Con burla.)
¡Es un nombre pastoril!

JUA. (A don Juan.)
¿No os gusta el nombre de Gil?
Llamadme de otra manera.
Y aun me puedo confirmar...
Serviros mi afán procura ..
Vos mismo llamad al cura,
que aquí le puedo esperar.

CLARA (Aparte á Inés.)
Eso no tiene respuesta.

INÉS (Con coquetería á don Juan.)
¿Dudaréis de mi cariño
si dejo al barbilampiño
que goce de nuestra fiesta?

JUAN (Aparte á Inés.)
Si no le hacéis distinción,
en ello no veré agravio.

INÉS (A don Juan.)
¡No se la haré (Aparte.) con el labio,
mas sí con el corazón!
(A doña Juana.)
A bailar. ¿Sabéis bailar
la pavanilla?

JUA. Sí á fe;
que mil danzas estudié
y aun liciones puedo dar.

JUAN (Con reprimida contrariedad.)
¡Dancemos! (Aparte.) ¡Amor, despacio,
que don Gil prendió en mi amada!

CLARA (Cogiendo la mano á doña Juana y formando pareja frente á la de Inés y don Juan.)
¡Inés, ya estoy preparada!

INÉS (A los músicos.)
¡Dad las notas al espacio!

(Bailan los cuatro y doña Inés muéstrase en todo el baile muy deferente con doña Juana; lo mismo Clara. Don Juan da á entender su disgusto. Mientras danzan dice cada uno aparte lo que sigue.)

JUAN ¡Ayudando al enemigo!
¡Que á esto obligue el ser cortés!

CLARA Angel de Murillo es
el rapaz. ¡Cual sombra sigo
su talle airoso y gentil!

INÉS Sólo por don Gil suspiro;
cuanto más cerca le miro
más me enamora don Gil.

(Terminado el baile, doña Inés, sin ser dueña de sí propia, coge de la mano á doña Juana, y llevándosela á un extremo del proscenio la dice con la mayor efusión.)

INÉS Don Gil de dos mil donaires,
a cada vuelta y mudanza
que habéis dado, dió mil vueltas
en vuestro favor mi alma:
ya sé que á ser dueño mío
venís; perdonad si ingrata
antes de veros rehusé
el bien que mi amor aguarda...
¡Muy enamorada estoy!

CLARA (Aparte á don Juan, que contempla tristemente el grupo que forman doña Juana y doña Inés.)
Perdida de enamorada
me tiene el don Gil de perlas.

JUA. No quiero solo en palabras
pagar lo mucho que os debo;
aquel caballero aguarda
y me mira receloso.
Voyme.

INÉS ¿Son celos?

JUA. No es nada.

INÉS ¿Sabéis mi casa?
JUAN Y muy bien.
INÉS ¿Y no iréis á honrar mi casa
que por dueño ha de miraros?
JUA. A lo menos á rondarla
esta noche.
INÉS Allí estaré
aguardando, con el ansia
que la paloma en el nido
al esposo de su alma...
JUA. Y yo iré como el palomo
cuando su esposa le llama
para piarle amorosa.
(Aparte.)
Aquello no va á ser casa,
que va á ser un palomar...
¡Bien dí principio á la farsa!
INÉS ¿Habréis de faltar?
JUA. ¡Primero
faltárale al mar el agua! (Vase.)

ESCENA X

DICHOS, menos DOÑA JUANA

INÉS (Corriendo al lado de don Juan y tratando de contentarle.)
Don Juan, no enfadado estéis.
JUAN Al revés: regocijado
viendo que encontrado habéis
sujeto de vuestro agrado.
INES Si apenas le apunta el bozo.
JUAN Pues digo si le apuntara...
Entonces vuestro alborozo
los límites traspasara.
INÉS (Enojada.)
¿Qué queréis decirme?
JUAN Quiero
decir que hallaré venganza,
no en vos, que aun por vos me muero;
en quien mata mi esperanza. (Vase.)

ESCENA XI

DICHAS, menos DON JUAN

CLARA — Echando fuego se va...
INÉS — Y echando fuego me quedo.
CLARA — Entonces hazte hacia allá,
que te voy tomando miedo.
Y eso que, de fuego hablando,
te debo advertir, Inés,
que yo me estoy abrasando
de la cabeza á los pies.

ESCENA XII

DICHOS y DON PEDRO, que sale con DON MARTÍN

PEDRO — Inés...
INÉS — (Corriendo hacia él y con el mayor entusiasmo.)
Padre de mis ojos.
¡Don Gil no es hombre, es la gracia,
la sal, el donaire, el cielo
que amor en su seno guarda;
ya le he visto y ya le adoro,
ya le deseo, y se agravia
el alma con dilaciones
que hacen más grandes mis ansias.
PEDRO — (A don Martín.)
Don Gil, ¿cuándo os vió mi Inés?
MAR. — Si no fué al salir de casa
para venir á esta huerta,
no sé yo cuándo.
PEDRO — Eso basta.
¡Agradecido hais de estar,
á esa presencia gallarda,
pues con verla una vez sola,
os entregó Inés su alma!
MAR. — Señora, no sé á quién pida
en este instante palabras
conque encarecer mi suerte
que hasta el cielo me levanta.

¿Es posible que el mirarme
una vez sola, sea causa
de tanta dicha? ¿Es posible
que me admitáis, prenda cara?...
Dadme...
(Acercándose como para besarla la mano. Doña Inés le rechaza.)

INÉS ¿Qué es esto?... ¿Estáis loco?
¿Yo de vos enamorada?
¡Si no os he visto en mi vida!
¡Asómbrame tal audacia!

PEDRO Hija Inés, ¿pierdes el seso?

MAR. ¿Qué es esto?

PEDRO Por Dios, ¿no acabas
de decir que á don Gil viste?

INÉS (Con regocijo.)
¡Le vi!

PEDRO ¿Su talle no ensalzas?

INÉS ¡Sí le ensalzo, que es un ángel!

PEDRO ¿No le ofreces sí y palabra
de esposa?

INÉS ¡Y he de ser suya
aunque el cielo se negara!...

PEDRO A don Gil tienes presente.

INES ¿A quién?

PEDRO Al mesmo que alabas.

MAR. Yo soy don Gil, Inés mía.

INÉS ¿Vos don Gil?

MAR. ¡Yo!

INÉS ¡Qué bobada!

PEDRO ¡Por mi vida, que tal es!

INÉS ¿Don Gil, tan lleno de barbas?
¡Es el don Gil que yo adoro
un Gilito de esmeraldas!

PEDRO ¡Perdió la razón sin duda!

MAR. ¡Valladolid es mi patria!

INÉS De allá es mi don Gil también.

PEDRO ¿Di las señas?

MAR. Declarallas.

INÉS Una cara como el oro,
de almíbar son sus palabras,
y unas calzas todas verdes,
que cielos son y no calzas.
Agora se fué de aquí.

PEDRO ¿Don Gil, de cómo se llama?
INÉS Don Gil de las calzas verdes
le llamo yo, y esto basta.
PEDRO (A Clara.)
Amiga, ¿qué ha sido aquesto?
Desenredad la maraña.
CLARA ¿Qué ha sido? Que yo á don Gil
tengo por dueño, y en casa
he de decirle á mi padre
que con él me case.
INÉS ¡El alma
te sacaré por los ojos!
PEDRO ¿También tú *endongilizada*?
Al médico he de llamar...
MAR. Don Pedro, desde mañana
me he de poner calzas verdes,
ya que de juicio le saca
esta color.
PEDRO ¡Vamos, loca!
INÉS Loca, esa es la palabra,
porque la que siente amor,
y el juicio sereno guarda,
si no ha de mentir, no diga
jamás que está enamorada.
¡Don Gil de las calzas verdes,
benditas sean tus calzas!
(Vanse todos por la derecha y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala en casa de don Pedro

ESCENA PRIMERA

DOÑA JUANA, de mujer, y QUINTANA

QUIN. No sé á quién te comparar.
Pedro de Urdemalas eres...
¡Pero cuándo la mujeres
no supieron engañar!

JUA. Esto, Quintana, hasta aquí
es lo que me ha sucedido.
Doña Inés pierde el sentido
y su libertad por mí.
Don Martín anda buscando
á este don Gil, que, en su amor
y nombre es competidor;
mas con tal recato ando
huyéndole la presencia,
que ya, trastornado, entiende
que soy hechicero ó duende.
Pierde el viejo la paciencia,
porque la tal doña Inés
ni sus ruegos obedece,
ni á don Martín apetece;
y de tal manera es
el amor que me ha cobrado,

que como no he vuelto á vella,
loca, por todo atropella
en desdoro de su estado,
y como de mí no sabe,
no hay paje ó criado en casa,
ni gente por ella pasa
con quien llorando no acabe
por suplicar, afligida,
que busque en toda la corte
un sujeto de mi porte
por quien ella da la vida.

Quin. No lo extraño: si te pierdes
tal vez te pregonará.

Jua. A los que me buscan da
por señas mis calzas verdes.

Quin. ¡Benditas calzas, Señor!

Jua. Una doña Clara, que es
prima de mi doña Inés,
me adora con tal ardor,
que á su madre ha persuadido,
si viva la quiere ver,
que me la dé por mujer.

Quin. ¡Harás notable marido!

Jua. A este fin me hace buscar
poco menos que á pregones,
por posadas y mesones,
sin cansarse en preguntar
por las calzas de un doncel.

Quin. Pues cualquiera da en el *quid*.
Señas son para Madrid,
habiendo miles como él.

Jua. El criado que te dije
que al ausentarte de mí
en la huerta recibí,
también confuso se aflije
porque desde ayer acá
no ha podido descubrirme.
Yo no ceso de reirme
de ver cual viene y cual va,
en busca mía, agitado
como usurero traidor,
que juzga huido al deudor
á quien dinero ha prestado;
y como no halla noticia .

de mí, afirmará, por cierto,
que el novio de Inés me ha muerto.

QUIN. Pondrále ante la justicia.

JUA. Bien puede ser, porque es fiel
servicial, de buen humor,
y ya me ha cobrado amor...

QUIN. ¿Llámase?

JUA. Caramanchel.

QUIN. Fama tiene de severo,
Cuida que no te delate,
que si haces un disparate,
se convierte en pregonero...
Agora dime á qué fin
te has vuelto mujer.

JUA. Engaños
son todos nuevos y extraños
en contra de don Martín.
Pared en medio de aquí
una casa alquilé ayer,
que al punto vine á ofrecer
á Inés, que es costumbre así
en la Corte, muy usada,
donde por distinto modo
es regla ofrecerlo todo
aunque nunca se da nada.
Con achaque de vecina
entro y salgo cuando quiero,
y así, Quintana, me entero
de todo cuanto imagina
Don Martín para casarse,
y me es fácil deshacer
lo que mi muerte ha de ser
si llega á verificarse.

QUIN. ¿Mas doña Inés es idiota?
¿Al ver tu cara monjil,
no ve que es la de don Gil?

JUA. Ni una sospecha remota.
Ayer me dijo: vecina,
aunque reciente es el trato,
yo os quiero, pues sois retrato
de un don Gil que me asesina
con su desdén y su ausencia;
venid á verme, ¡por Dios!
porque cuando os miro á vos,
creo estar en su presencia.

QUIN. No vi mentir más artero;
te lo juro por la luz.
Me voy, y te hago la cruz
por si eres Pedro Botero.

JUA. Aguarda, que ya te irás;
pues no me conviene á mí
que estés mucho tiempo aquí;
pero, escúchame, que hay más.
Por si llega á imaginarse
don Martín que yo he venido,
una traza he prevenido
en que tienes que ayudarme.
Esta carta le has de dar;
puse, cuando la escribí,
la fecha en Valladolí
y así le pienso engañar,
pues creerá que no he salido
de la ciudad.

QUIN. ¡Bravo invento!

JUA. Le digo que en un convento
lloro el desaire sufrido.
Añado que el cielo quiso
ponerme enferma.

QUIN. (Inquieto.) ¿Es verdad?

JUA. Le finjo una enfermedad
(Con imitación.)
que dura el tiempo preciso.
Para ver si le enardeces
inventa cuanto te plazca.

QUIN. ¿Más que tú?... ¡Pues aunque nazca
veinte millones de veces!

JUA. ¡Toma, y háblale! (Le da la carta.)

QUIN. (Haciendo mutis.) ¡A correr!
¡Ay, qué bien que dice el cura!
¡Maldita seas, locura;
tienes nombre de mujer! (Vase.)

ESCENA II

DICHA y DOÑA INÉS que sale por la derecha con DON JUAN

JUA. (Adelantándose á recibir á doña Inés y besándola.)
¡Oh, señora doña Inés!

INÉS ¿En mi casa?... ¡Honra como ella!
¡Estais cada vez más bella!
JUA. Correspondo al interés,
conque tratais mi persona,
que agradaros solicita.
INÉS (Con amabilidad y dluzura.)
¿Va á ser corta la visita?
Fuera el manto, que pregona
que poco tiempo hais de estar...
(Trata de quitárselo y lo evita doña Juana.)
JUA. Perdonadme, Inés hermosa.
El manto para mí es cosa
que no me puedo quitar.
Llevar el manto constante
quise á un santo prometer.
INÉS Que es lo mismo que ofrecer
estar siempre interesante.
¿No hablais, don Juan?
JUAN Mudo el labio
ha de estar á la traición,
que no puede el corazón
dar palabras al agravio.
Desde el día que en la huerta
hablasteis con el mancebo,
del traje verde, aquí llevo
Inés mi esperanza muerta.
INÉS (Con ironía.)
¿Muerta? Entonces á enterralla
que está mal en ese encierro...
Decid cuándo es el entierro
que yo quiero acompañalla.
JUAN Tienen que doblar primero.
INÉS Pues id á San Sebastián,
y que allí os doblen, don Juan,
que agora hay buen campanero.
JUA. ¡Bravo ingenio, Inés hermosa!
JUAN No defendais el rigor
con que escarnece mi amor.
Voime. (Con resolución.)
INÉS ¡Eso es otra cosa!
Idos... pero he de advertir
que de una vez os vayais,
que ya cansándome estais
con tanto ir y venir.

JUA. Si no fuera indiscreción
yo á la paz invitaría...

INÉS ¡Dios os libre, amiga mía,
de amante triste y llorón!
¿Veis cuando el médico ordena
y dice: tomad, señora,
de este vaso de hora en hora
una cucharada llena?
A eso comparo, y lo siento,
á este don Juan receloso.
Se me presenta lloroso
de hora en hora en mi aposento.
Tanto que ya mi criada,
cuando su visita anuncia,
esta palabras pronuncia:
¿Señora?... La cucharada.

JUAN Os juro que he de dar muerte
á ese don Gil del demonio,
que estorba mi matrimonio
haciendo triste mi suerte.

JUA. Si hombre yo fuera, los dos
á un tiempo y en lid reñida
le arrancábamos la vida,
yo una mitad, y otra vos.

INÉS ¿A qué don Gil?

JUAN Al rapaz
ingrata, por quien te pierdes.

INÉS ¿Don Gil de las calzas verdes?
¿Ese perturba tu paz?
Así nos dé vida Dios
que no le he visto después
de aquella tarde... Otro es
el don Gil que estorba.

JUAN ¿Hay dos?

INÉS Sí, don Juan, que el don Gilico,
ó fingió llamarse así,
ó si á vivir vino aquí
á fé mía os certifico
que de todos se burló;
el que de casa te ha echado
es un don Gil muy barbado,
á quien aborrezco yo;
pero quiéreme casar
con él mi padre, y es fuerza

que por darle gusto tuerza
mi inclinación. Si á matar
el don Gil feo te atreves,
de Albornoz tiene el renombre
y aunque dice que es muy hombre
como amor y ánimo lleves
el premio á mi cuenta escribe.

JUAN ¿Gil, y Albornóz de apellido?
Su existencia ha concluido.

INÉS Cercano á esta casa vive.

JUA. Teneis hasta la ventaja,
sin salir de aquesta calle,
de poder notificalle
que prevenga la mortaja.

JUAN (A Inés.)
¡Ya cuento con el laurel
que amor ceñirá á mis sienes,
pues te hago votos solenes,
de que han de doblar por él!
(Vase foro)

ESCENA III

DOÑA INÉS y DOÑA JUANA

INÉS (Riéndose.)
¡Cómo va!... Dado á Luzbel.
Suelto á la risa la venda.
¿Es posible que no entienda
que me divierto con él?

JUA. (Con alguna inquietud.)
¿Y matará al de Albornoz?

INÉS ¿Matarle? ¿Cómo, ni cuándo?
Don Juan siempre está matando,
pero tan solo es de voz.
Siéntate aquí bella Elvira
y hablemos agora en tí...
En tu faz señales ví
del que padece y suspira.
¿Cómo, si eres tan hermosa,
y ángel tu rostro teniendo

prefieres vivir muriendo
cuando puedes ser dichosa?

JUA. Agradecida te escucho
las flores con que me halagas;
muchas son, mas no me pagas
Inés, que te quiero mucho.
Encantadora bondad
en tí llego á sorprender...
pues mujer que á otra mujer
llama hermosa, es cualidad
que nadie querrá creer.

INÉS Fuera pecado, en rigor,
no admirar el resplandor
de esos tus divinos ojos,
y hasta Dios sintiera enojos
pues de ellos es el autor.

JUA. ¡Yo sé de quién no me quiere
aunque otros tiempos me quiso!...

INÉS Demuéstralo, si cupiere,
que demostrar es preciso
cosa que no se creyere.

JUA (Aparte.)
Ayúdame, cielo santo,
que ya no sé qué inventar.
(Alto.)
Deja que me enjugue el llanto,
que no puedo recordar,
esta historia sin espanto.

INÉS Habla, que no sólo oir
prometo, sino escucharte.
Dame de tus penas parte,
quiero contigo sufrir.

JUA. ¡Yo no sé cómo alabarte!

INÉS Y si juzgas que llorando
mitigas todos tus males,
el llanto vierte á raudales,
que así saldré yo ganando;
pues tus lágrimas son tales
que por tu rostro al rodar,
en perlas se han de tornar;
y según vayan cayendo,
rica diadema irá haciendo
conque mi frente adornar.

JUA. A don Miguel de Cisnero

quise con dulce ternura.
Ciega, no ví en mi locura
que amando tan por entero
es la deshonra segura.
Acostumbrándose fué
á cobrar de mí al contado:
él me pagaba al fiado
con promesas; tanto fué
lo que le tuve entregado,
que al presentarle la cuenta
ya no le pude encontrar;
porque en tocando al casar,
el hombre ardides inventa
para negarse á pagar.
Supo que el joven don Gil
bodas contigo concierta:
su codicia se despierta,
que el interés hace vil
y abre á la traición la puerta.
Y ansioso de se quedar
con tu dote apetecida,
busca á don Gil en seguida,
y al fin, consíguela hurtar
de manera fementida
la carta en que don Andrés
al don Gil te presentaba,
ve á tu padre, y dice que es
el Gil á quien esperaba;
y no hay tal don Gil, Inés,
que es don Miguel, el traidor;
he dicho poco, el malvado,
que en la tienda de mi honor
entró á comprar al fiado
con máscara de señor.

INÉS Pasmada y confusa estoy
del villano proceder.

JUA. Yo no puedo contener (Aparte.)
la risa; á perderme voy.
(Suelta una carcajada muy grande, pero queriendo al mismo tiempo hacer que llora.)

INÉS (Apartándola el pañuelo conque doña Juana quiso taparse el rostro.)
Mas no puedo comprender...
Parece que estais riendo.

JUA. (Entre risa y sollozos.)
No, amiga, es que estoy sufriendo,
y me ha encargado el dotor
que cuando sienta el dolor
me ría, porque el estruendo
del reir, si es prolongado,
pudiera ahuyentar la pena;
y el llanto, como es callado,
al pecho que está angustiado
silencioso le envenena.

INÉS ¡Raro médico, á fe mía!
¿Dió fin la historia?

JUA. No tal.
Que falta lo principal.
De la trama que se urdía,
por un servidor leal
tuve noticia segura,
y á Madrid me encaminé
llorando mi desventura,
y en el camino encontré
una triste criatura,
mancebo airoso y gentil
que ya mi labio no dice.

INÉS ¿Pues quién era ese infelice?

JUA. ¡El verdadero don Gil!
De mis pesares le hice
confidente, y él, es claro,
sin mostrar ningún reparo
los suyos me hizo saber,
y ambos nos juramos ser
el uno del otro amparo.

INÉS ¿Que don Miguel de Cisnero
es el don Gil figurado,
y siendo tu dueño amado
trata de ver si le quiero?
¿Habrá un ser más descarado?
¿Que don Gil real, el divino,
es el que en la huerta ví?

JUA. Y el que se prendó de mí
viniendo por el camino.
Escúchame, que fué así.
Era noche de verano
y apenas salió la luna.
Don Gil me pidió la mano.

INÉS La mano... ¿Tan solo una?
JUA. Una sola, y cortesano
palabra me dió de esposo;
mas yo que amo á don Miguel
y á su amor quiero ser fiel,
con ademán desdeñoso,
presto separéme de él.
INÉS Me has dado muerte traidora,
que á don Gil mi pecho adora,
es decir, á don Gilito,
el repolido, el bonito,
el de la faz seductora...
Triste de mí, ¡qué he de hacer
si él te ama, bella Elvira,
si él en tus ojos se mira,
si él tu esposo quiere ser!
JUA. Inés, reprime tu ira,
que te vengo á proponer
un cambio que puede ser
á las dos muy oportuno.
INÉS ¿Cambio? Siempre gana uno...
JUA. En este no has de perder.
Si al Miguel me quieres dar...
INÉS (Interrumpiéndola rápidamente.)
Dátele ya por tomado
y hasta vestido y calzado,
ó sin vestir, ni calzar,
como fuere de tu agrado.
JUA. Yo al don Gilico te doy
con calzas verdes y todo.
¿Te acomodas?
INÉS (Con mucha alegría.)
Me acomodo.
¿No ves que ya loca estoy?
Te lo agradezco de modo
que hasta te doy á don Juan
encima.
JUA. No digas eso.
¿A qué quiero tanto peso?
¡Don Miguel calma mi afán!
INÉS Déjame que te dé un beso
para expresar gracias mil...
(La besa con efusión.)
¡Qué rostro tan fino y blando!

¡Parece que estoy besando
al mesmísimo don Gil...
Sabes como él.

JUA. Estimando
tan franca comparación
hágome esta reflexión:
Si sabes á lo que *él sabe*
no niegues la conclusión;
el asunto es harto grave;
es decir, que le has besado.

INÉS (Entrecortada.)
No lo puedo asegurar,
que cuando estoy á su lado...

JUA. (Aparte.) Te tengo que separar
pues te acercas demasiado...
(Alto.) A don Gil voy á escribir
aunque me tilde de ingrata,
que le quiero despedir.

INÉS Pero dile en la posdata
que yo le quiero admitir.
Escríbele sin tardar;
y si no te mortifico
quiérote otra vez besar..

JUA. (Ya en la puerta.)
Las gracias te debo dar
en nombre de don Gilico,
puesto que al besarme á mí
piensas besar al doncel.

INÉS Cuando yo le bese á él
pensaré entonces en tí,
que ambos me sabéis á miel.

JUA. (Aparte.)
¡Cayó esta boba en la trampa!
¡No vi necia más completa!

INÉS ¿Qué dices?

JUA. Que eres discreta,
y, por fin, que eres la estampa
de la doncella perfeta.

INÉS Y tú de la cortesía..
No olvides, amiga mía,
la consabida posdata...
¡Para evitar una errata
yo el borrador te daría!...

JUA. Si no es largo el borrador...

INÉS (Se sienta á escribir y lo hace rápidamente, presentando el papel escrito á doña Juana, y leyéndosele con cierta vanidad.)
«Inés se muere de amor,
quiere ver tu linda cara.»
¡«Verte», con B grande y clara!
JUA. Y «quiere» con C mayor
por si es ciego y no repara;
Inés, que te guarde el cielo. (Ya en el foro.)
INÉS Guárdame tú; igual me da.
(Aparte.)
Esta Elvira es mi consuelo.
JUA. (Haciendo mutis.)
Esta Inés tragó el anzuelo.
¡Don Martín pescado está! (Vase.)

ESCENA IV

DOÑA INÉS

He de perder la razón.
¿Don Gil mi esposo? ¡Oh, ventura!
Cuando llegue la ocasión
de que me pregunte el cura:
«¿Jurais por la Santa Fe
ser, sin violencia, su esposa?»
Yo diré: «¡Vaya una cosa
que pregunta su mercé!»
Decid volando la misa,
porque ya el tiempo se pasa,
y tenemos mucha prisa
de estar solitos en casa...
(Mirando al cielo.)
¡Y tú, amado San Antonio,
pues tanto mi dicha ensalzas
con aqueste matrimonio,
te regalaré unas calzas
que verdes tienen que ser,
de seda ó de raso liso...
como quieras escoger,
que yo te doy mi permiso! (Vase.)

ESCENA V

DON MARTÍN y QUINTANA, por el foro

MAR. (En la puerta.)
Bueno: ya puedes marcharte.
QUIN. He venido á esta morada,
porque han dicho en tu posada
que aquí podría encontrarte.
No quiero ni descansar.
Hoy mesmo llegué á Madrid,
y hoy marcho á Valladolid:
¿tienes algo que mandar?
MAR. (Impaciente.)
¡Nada, vete!
QUIN. ¿Hay tal quimera?
¿No quieres ni responder
lo que acabas de leer,
por cortesía siquiera?
¿No te inspira compasión
de doña Juana el estado?
¡Si vieras cómo ha quedado!
MAR. Aguarda: tienes razón.
(Avanzan al proscenio.)
¿Pero tú mesmo la dejas
en el convento, Quintana?
QUIN. Yo mesmo, á tu doña Juana;
en San Quirce, dando quejas
y suspiros, porque está
enferma de lo que llora,
¡y quién sabe si á esta hora
habrá sucumbido ya!
¡Más flaca está que una escoba!
¡Si parece un esqueleto!...
(Tomando precauciones para evitar que le oigan y bajando la voz.)
Oye una cosa en secreto...
¡La basquiña se le aova!
¡Bien merece tu piedad!
MAR. Jesús, mil veces. ¡Qué horror!
QUIN. (Aparte.)
¡Ya soy un hombre de honor,

miento con serenidad!
(Alto)
Escándalo y vituperio
de tu linaje serás,
si á consolarla no vas
en persona al monasterio.

MAR. Quintana, jurara yo,
que desde Valladolid,
venido había á Madrid
á perseguirme.

QUIN. Eso no,
y haces mal en no tenella
en opinión más honrada.

MAR. ¿No pudiera, disfrazada,
seguirme?

QUIN. ¡Bonita es ella!
Esta es la hora en que está
rezando entre sus iguales
los salmos penitenciales
por tí. Esa carta ¿no da
certidumbre de que digo
la verdad?

MAR. Quintana, sí.
Las quejas que escriba aquí
(Con la carta en la mano.)
mucho han de poder conmigo.
Vine á cierta pretensión
que es fácil que el Rey confirme,
y partí sin despedirme
por no darla desazón.
Mas riesgo corre su vida
y marcharé esta semana.

QUIN. ¿Y entretanto, á doña Juana...?

MAR. Carta darete en seguida
que la entregues al llegar.

QUIN. ¡El cielo su queja oyó!

MAR. Iré á llevártela yo.

QUIN. Mira que hoy he de marchar.

MAR. Antes del anochecer
iré.

QUIN. ¡Que Dios en tí reine!

MAR. ¿Vives?

QUIN. Posada del Peine:
la acaban de establecer.

MAR. (Aparte.)
(Su estancia aquí es peligrosa.)
QUIN. (Aparte.)
(Corro á contar la mentira
á don Gil, Juana y Elvira,
que son una misma cosa.)
MAR. (Empujándole con disimulo hacia la puerta.)
¡Abur!... ¿Sabes el camino?
QUIN. ¡Con lengua á Roma se va,
y, por viejo, tengo ya (Con intención.)
más conchas que un peregrino! (Vase foro.)

ESCENA VI

DON MARTÍN

El caso no puede ser
más grave, ni más preciso...
¡Paciencia!... ¡El cielo lo quiso,
mi estrella he de obedecer!
(Leyendo la carta como para recordarla.)
«¡Ven, que me muero de amor!
¡Quiero aliviar mi dolor
amargo llanto vertiendo,
y cuanto más lo pretendo
la pena se hace mayor!
Las lágrimas de mis ojos
no corren por mi semblante,
¡como no te ven delante
se vuelven llenas de enojos
á mi corazón amante,
que llama al tuyo traidor,
y allí con fogoso ardor
abrasan todo mi ser!...
¡Ven presto si quieres ver
á quien se muere de amor!»
Sí que me aflije su estado,
y fuera, de buena gana,
á sacar á doña Juana
de trance tan apurado.
Pero mi padre apetece
casarme con doña Inés,
que además de hermosa, es

rica, y esto me parece
que es asunto principal.
Si ella es rica, seré rico... (Con resolución)
No hay más, yo me sacrifico
al mandato paternal.

ESCENA VII

DICHO y OSORIO

OSORIO ¡Gracias á Dios que te veo!
MAR. Seas, Osorio, bien venido.
¿Hay cartas?
OSORIO Cartas ha habido.
MAR. ¿De mi padre?
OSORIO En el correo
á la mitad de su lista,
á ciento y doce leí
este pliego para tí. (Se le entrega.)
MAR. Traerá libranza á la vista.
(Abre el pliego y lee.)
«Hijo: cuidadoso estaré hasta saber el fin de vuestra pretensión, cuyos principios prometen buen suceso. Para que la consigais, os remito esa libranza de mil escudos y esa carta para mi corresponsal. Digo en ella que son para don Gil de Albornoz. No vayais vos á cobrarla, porque os conoce, sino Osorio. Doña Juana falta de su casa desde el día que os partísteis: todos andan confusos: no lo ando yo menos, temiendo os haya seguido para impedir vuestra boda. Abreviad los hechos, y en desposándoos avisadme, para que yo me ponga en camino y tenga fin esta maraña. Dios os guarde como deseo. Vuestro padre. Valladolid, etc.»
Ya sabes lo que hay que hacer
puesto que enterado estás...
(Dándole el pliego y la letra.)
Tú mesmo la cobrarás
en casa del mercader.
Dices que eres mayordomo
de don Gil, te da el dinero,

en mi posada te espero,
me le das, y yo le tomo
para comprar á mi amada
joyas de grande valía,
pues conmigo en este día
ha de quedar desposada.

OSORIO ¿Y Juana?

MAR. ¡La hago un favor!..
Pues se mete á religiosa,
en lugar de ser mi esposa
será esposa del Señor.
Gana en marido.

OSORIO Eso sí;
más juzgo impío, en verdad,
el decirle á Dios: «tomad,
que ya no me sirve á mí »
(Se dirigen á la puerta del foro y de pronto se detiene Osorio.)
Mira, por esta escalera
(Señala á la puerta de la izquierda, segundo término.)
será mejor que salgamos,
con lo cual más cerca estamos
y así ninguno se entera.

MAR. (Obedeciéndole.)
Dices bien.

OSORIO Aquí me meto
los papeles, y á cobrar.
(Al guardarlos se le caen al suelo sin apercibirse ni él ni don Martín.)

MAR. (Ya cerca de la puerta de la izquierda.)
¡Ganas tengo de acabar!

OSORIO (Siguiéndole)
No extraño que estés inquieto.
No hay novio que no lo esté,
aunque al año de casarse,
no haga más que preguntarse:
¿pero cuando enviudaré?
(Vanse izquierda, segundo término)

ESCENA VIII

DOÑA JUANA, de hombre, y CARAMANCHEL

CAR. Señor don Gil invisible,
me tienes harto aburrido.
¿Dónde diablos te has metido
que hallarte fuéme imposible?
JUA. Ya te lo diré... (Con calma.)
CAR. Pareces
escurridizo jabón,
ó halagadora ilusión,
pues te toco y despareces.
Esto dáme á sospechar...
¿Eres brujo ó ser viviente?
Cuenta conque soy creyente,
y si á tu lado he de estar,
juega limpio y con cuidado,
que yo no sirvo, á fe mía,
á señor que pasa un día
sin hablar con su criado.
Responde.—Diez pregoneros
en anunciarte empleé,
y necio, en balde gasté,
lo que me falta, dineros.
¿Por qué á mi vista te pierdes?
Por todo Madrí han gritado
«aquel que se hubiera hallado
un don Gil con calzas verdes,
traígale presto á la plaza.. »
¿No te avergüenzas?... Igual
que si fueses animal
dañino, ó perro de caza.
JUA. ¡No te atufes! Es que he estado
todo este tiempo escondido
en una casa que ha sido
mi cielo, porque he logrado
la mejor mujer en ella
del mundo.
CAR. Con chanzas vienes:
¿mujer tú?
JUA. Yo.
CAR. Si no tienes

ni aun dientes para comella.
Con solo verte la faz,
donde el candor predomina,
el que es más topo adivina
que eres racimo en agraz.

JUA Pues mira, ya que me estrechas,
el maduro agraz ha sido.

CAR. Mas tú de agraz no has salido,
porque te faltan cosechas.

JUA. Y doña Elvira me ama.

CAR. ¿Doña Elvira?... ¿Y quién es esa?

JUA. Una vecina traviesa
en quien amor hizo llama.
Rica, juvenil y hermosa...
Solo el verme le alimenta...

CAR. Parca es, pues se contenta
con tan poquísima cosa.

JUA. Una carta has de llevar
de parte mía.

CAR. Eso haré,
que soy tu criado y sé
que no me debo negar...
(Fijándose en el papel que dejó caer en el suelo Osorio en la escena anterior.)
¿Carta dijistes?... Abierta
hay una en el santo suelo...
Carta caída, es señuelo
que gran interés despierta.
¡Cógela, pues! ¡Mas qué veo!
El papel es para tí. (Leyendo.)

JUA. ¿A ver, á ver?

CAR. Dice así:
á lo menos, yo lo leo.
El sobrescrito rasgado:
«Señor don Gil de Albornoz.»

JUA. (Arrebatándole el papel.)
Muestra... ¡ay, cielos!

CAR. En la voz
y cara te has alterado.

JUA. (Abriendo el otro pliego que viene dentro.)
«A don Pedro de Mendoza
y Velasteguí.» Este es
el padre de doña Inés.

CAR. Algún galán de la moza

que te pone por tercero
con su padre, y que querrá
que le cases.

JUA. Y hallará
en mí el mejor medianero.

CAR. Mira esotro sobrescrito.

JUA. (Leyendo otro pliego, abriéndole y sacando la libranza.)
«A don Agustín Solier
de Camargo, mercader.»

CAR. Sé quién... un asturianito
usurero y comerciante.

JUA. En su casa, sin tardar,
esta letra has de cobrar...
Oro contante y sonante.
¡Mil escudos!

CAR. (Asombrado.) ¿De verdad?
Don Gilito, ¿no es patraña?
¡Mira que no hay en España
semejante cantidad!...
Corro, y volveré á buscarte...
(Volviendo desde el foro.)
Oyeme bien, Calzas Verdes,
ahora, si quieres, te pierdes,
que yo no he de pregonarte. (Vase)

ESCENA IX

DOÑA JUANA

Ni yo mesma entiendo ya
los enredos que inventé.
Sólo, por ventura sé,
que todo en camino va
de alcanzar dichosa esfera
para mi triste dolor.
Si no existiera el amor,
¡qué feliz el mundo fuera!
De don Martín se prendó
mi alma, desque le ví...
Temo, si él me quiere á mí
dejar de quererle yo.
Que es el amor, como niño,

caprichoso y desigual,
y paga el bien con el mal
y el mal paga con cariño.
¡Cielos! Decid qué es mejor,
amar no correspondida
ó ser desagradecida
con el que nos tiene amor.
Aqueste es mi pensamiento:
como el llorar y el sufrir
vienen á constituir
martirio horrible y cruento,
y el martirio Dios bendice
porque nos acerca á él,
prefiero amar y ser fiel
al que de mi amor maldice.
(Invocando al cielo.)
¡Mártir, Dios mío, he de ser;
dame pesares y enojos...
que el resplandor de tus ojos
inunde todo mi ser!
¡Porque es la dicha mayor
amarte con dulce anhelo,
y quiero entrar en el cielo
por la puerta del dolor!
(Se aparta á un lado al ver salir á Inés con don Pedro.)

ESCENA X

DICHA, DOÑA INÉS y DON PEDRO

INÉS — Digo, señor, que vienes engañado,
y que el don Gil fingido que me ofreces,
no es don Gil, ni jamás se lo ha llamado.
PEDRO — ¿Por qué, mintiendo, Inés, me desvaneces?
¿No dices que es don Gil el que aborreces?
INÉS — Don Miguel de Cisneros es su nombre,
con una doña Elvira desposado;
y Burgos es la patria de ese hombre.
La mesma doña Elvira me ha contado
todo el suceso, para que me asombre.
En busca del Miguel viene anhelosa;

habla con ella, que podrá informarte,
verás cómo afligida y aun llorosa
de todo este embeleco te da parte
y te cuenta una historia vergonzosa.

PEDRO ¡Si no puede ser falsa aquella firma!

INÉS ¡Si no es falsa, señor!

PEDRO No te comprendo.
¡Explícate mejor, á ver si entiendo!

INÉS La firma, aquesta infamia nos confirma.
Don Miguel de Cisneros fué, (sabiendo
que don Gil á Madrid se dirigía,
con una carta escrita por su tío
para tí y en la cual él te decía
que, por esposo mío,
á don Gil muy gustoso te ofrecía),
á casa de éste, y con artera maña
le hurtó la carta que hoy has recibido
y que él mesmo en persona te ha traido.
De modo que la firma no te engaña;
es verdadera, y el que te ha mentido
es quien la trajo, que Miguel se llama
y no don Gil según él se proclama.

PEDRO No ví mentir de modo más grosero.

INÉS Llámale al punto, que decirle quiero
que descubierta está toda su trama.

PEDRO Llamaréle, expondréle mi querella,
y con él batiréme en lid cerrada...

INÉS Es el duelo para él cosa ignorada,
que aun no se sabe cual es más doncella,
si doña Elvira ó su cobarde espada.

PEDRO Vamos á cuentas, que el celebro mío
me da más vueltas que infeliz navío
en alta mar, cuando huracán violento,
ya rápido le sube al firmamento,
ó ya le hunde en el abismo frío.
Si no es don Gil ese hombre mentiroso,
¿cuál es el verdadero?

INÉS El verdadero
es un gallardo y joven caballero,
tan por demás hermoso,
que Adonis, á su lado, es horroroso;
y por la gracia de un verde vestido
con que le ví en la huerta el día primero,
calzas verdes le dí por apellido.

¡Por don Gil desde entonces yo me muero,
desde entonces por él perdí el sentido!

PEDRO
Por mi fe que me vuelves á la vida...
Ese será tu esposo, Inés querida;
mas dile que aquí presto se presente,
porque de estar ausente,
la boda por los dos apetecida
no podrá celebrarse, pues yo creo
que no puede existir el himeneo
con la novia tan solo.

JUA.
(Adelantándose y haciendo una cortesía.)
Ciertamente.
Por eso aquí don Gil se halla presente.

PEDRO
(Abrazándola con respeto.)
¡Gracias á Dios!... ¡Colmóse mi deseo!

JUA.
(A Inés)
Vengo á dar satisfacción,
señora, de mi tardanza,
también á pedir perdón
no de que en mí haya mudanza
sino de mi dilación.
Hame tenido ocupado,
estos días, un cuidado,
en que me puso un traidor
que, por lograr vuestro amor,
hasta el nombre me ha usurpado,
no falta de voluntad
que desde el punto en que os ví
os rendí mi libertad.

INÉS
Yo sé que eso no es así:
pero, sea ó no verdad,
conoced, señor don Gil
á mi padre, que os desea,
y, entre confusiones mil,
persuadille á que no crea
enredos de un hombre vil.

JUA.
A mucha suerte he tenido
señor haberos hallado;
aquí llegara corrido
á no venir resguardado
por carta que he recibido,
de mi tío Andrés Guzmán
que la farsa desharán
de quien, con firmas hurtadas,

pretendió ver malogradas
mis venturas; y si os dan
fe y crédito estos renglones
y me abona este papel,
(Enseñándole una carta.)
no admitais satisfacciones
fingidas de don Miguel
que os dañarán sus traiciones.

PEDRO Ya estoy, don Gil, satisfecho
(Repasando la carta.)
de lo que decís, y afirma
vuestro generoso pecho;
esta letra y esta firma,
del agravio que os he hecho
(si es que soy yo quien lo hice)
fué causa, y agora es
favor con que os autorice.
(Mirándola de nuevo.)
Es letra de don Andrés;
quiero mirar lo que dice. (Léela.)

INÉS (Aparte y en voz baja á doña Juana.)
Sé que amais á doña Elvira.

JUA. No es posible, doña Inés,
que quien vuestros ojos mira,
presto los suyos retira
de aquello que ve después.
Doña Elvira se equivoca.

INÉS Dice que lo oyó afirmar
de vuestra boca.

JUA. Está loca,
que quien mira vuestra boca,
mudo queda para hablar.

PEDRO (Después de haber leído la carta.)
Aquí otra vez me encomienda
la boda, que el tiempo pasa.
Y además me recomienda
lo ilustre de vuestra casa
y el valor de vuestra hacienda...
¡El don Miguel de Cisneros
es gentil enredador!...
Mucho gusto en conoceros;
hoy habéis de ser señor
de esta mi casa.

JUA. (Fingiendo alegría.) ¿El teneros

por dueño y padre merezco?
Mil veces me dad los pies.
(Tratando de arrodillarse.)

PEDRO (Impidiéndoselo.)
Los brazos sí que os ofrezco
y en ellos á doña Inés. (Abrazándole)

JUA. ¡Mi dicha al cielo agradezco!
Y agora, con la licencia
de don Pedro y doña Inés,
voime, porque mi presencia
reclama con grande urgencia
un asunto de interés.
(Besando la mano á doña Inés y á don Pedro.)
¡El cielo por ambos vele!

PEDRO ¡El nuestras penas consuele!

INÉS ¡Ya mi corazón respira!
(Aparte.)
¡Dios mío, si hasta me huele
lo mesmo que doña Elvira.
(Vase doña Juana por el foro.)

ESCENA XI

DICHOS, menos DOÑA JUANA

PEDRO ¡Lindo muchacho y discreto
es el don Gil! Grande amor
yo le he cobrado, en efeto...
¡Que vuelva el enredador
y castigar yo prometo
su conducta, harto malvada,
jamás por mí presumida...

INÉS ¡Fíate de quien te agrada!

PEDRO ¡Su figura es muy erguida!

INÉS ¡Pero el alma es jorobada!

ESCENA XII

DICHOS, DON MARTÍN y OSORIO

MAR. (En el foro con Osorio, sin fijarse en los que se hallan en escena.)
¿En dónde habremos perdido
esa letra condenada?

OSORIO Todo Madrí he corrido
y no he topado con nada.

MAR. Mira si aquí se ha caído...
(Al verlos.)
Señores... (Disimulemos.)
(Osorio hace mutis.)
Mi vista goza al miraros.

PEDRO (Con severidad.)
Pues nosotros no tenemos
para qué veros ni hablaros.

MAR. ¿Por qué son esos extremos?...
¿De qué el enfado dimana,
Inés divina, Inés bella?...

PEDRO Por ser divina y no humana,
agora no nos da gana
de que os caséis con ella.

MAR. (A Inés.)
¿No hablais?

INÉS Palabras no hallo,
ni en mil años hallaría,
para pronunciar un fallo
digno de esa alevosía;
por esta razón me callo.

PEDRO Oíd, don Miguel Cisneros.
¿Es propio de caballeros,
robar el nombre á un amigo
con cartas que trae consigo,
y en mi casa presentaros
diciendo que sois don Gil?
¡Por Dios que engaño tan vil
caro os pudiera costar!

MAR. Que soy Gil puedo afirmar...

INÉS ¡Oh! ¡Qué ingenio tan sutil!
Lo afirma, mas no lo jura.

MAR. Inés, el cura asegura
que Dios el jurar maldice,
y cuando lo dice el cura
él sabrá por qué lo dice.

INÉS ¿Y no es pecado querer
á doña Elvira Guzmán,
y, falso, hacerla creer,
fingiendo amoroso afán,
que vuestra esposa ha de ser?
¿Y no contentos los cielos
con tamaña desventura,
tener tres hijos gemelos?

PEDRO ¡Casi una botonadura!

MAR. No comprendo vuestros celos, (A don Pedro.)
ni vuestro enojo, señor.
Algún diablo enredador
quiere la boda estorbar.

INÉS Angel le debéis llamar
pues que me hace tal favor.

PEDRO Sabed, señor don Miguel,
que don Gil el verdadero,
aquí estuvo y que por él,
que es cumplido caballero,
de manera exacta y fiel
supimos vuestra ficción.
¡Así el crédito se pierde!

MAR. ¿Qué don Gil ó maldición
es ese?

PEDRO Don Gil... el verde.

INÉS Y el blanco de mi afición.

PEDRO Id á Burgos entre tanto
que él se casa, y haréis bien,
y no finjais tal espanto.

MAR. (Desesperado.)
¡Válgate el demonio, amén,
por don Gil, ó por encanto!

PEDRO No gritéis, que hais de enfermar.
(Haciendo medio mutis con doña Inés, ya en la puerta.)
Las nueve van á sonar...
Aquesto no es despediros. (Con ironía.)

INÉS (Con coquetería y burla.)
No lo creais, es deciros
que ya os podéis retirar.

MAR. (Siguiéndolos hasta la puerta.)
Oidme... ved que hay traición,
que os han podido engañar.

INÉS (Deteniéndole y poniéndole suavemente la mano sobre el pecho.)
¡Pasito... y resignación,
que os haremos delatar
á la Santa Inquisición!
(Vanse Inés y Pedro, puerta derecha.)

ESCENA XIII

DON MARTÍN

¿Hay confusión semejante?
¿Que este don Gil me persiga
invisible, á cada instante,
y que por más que le siga
nunca le encuentre delante?
¡No hay modo de convencerlos!...
¡Yo de tres hijos autor!
¡Pero dónde están, señor,
que aún no tenido el honor,
ni el gusto de conocerlos!
Estoy tan desesperado,
que si á don Gil me encontrara,
poco á poco y muy pausado
el corazón le arrancara.

ESCENA XIV

DICHO y OSORIO, por el foro

OSORIO ¡Buen lance habemos echado!
MAR. ¿Has hablado con Solier?
OSORIO Más me valiera que no:
un don Gil ó Lucifer
todo el dinero cobró.
MAR. Pero, ¿cómo pudo ser?
OSORIO Es muy sencilla la historia,
y voy á decirte cómo:
llegó y cobró el mayordomo

firmando don Gil el «tomo»
y aquí paz y después gloria.

Mar. — ¡Con mi vida ha de acabar! (Desesperado.)
Yo quiero ver á don Gil.

Osorio — Pues búscale con candil,
que á escuras no le has de hallar.

Mar. — Las señas.

Osorio — De perejil
viste, para que te acuerdes
de la trampa en que has caído.

Mar. — (Con desesperación.)
Don Gil de las calzas verdes
ha de quitarme el sentido.

Osorio — ¡Qué mal harás si lo pierdes!

Mar. — Yo ya me llego á creer
que es el propio Barrabás.

Osorio — Y español debe de ser,
porque le gusta comer,
á costa de los demás.
Ha de hacerte enredos mil,
que el diablo, por su vejeces,
es enemigo sutil.

Mar. — (Fuera de sí y en el foro.)
Corramos. ¡Jesús mil veces!
¡Ay, si te encuentro don Gil!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Telón corto de sala, en casa de don Pedro. Puerta al foro

ESCENA PRIMERA

DON MARTÍN y QUINTANA

MAR. No digas más: basta y sobra
saber por mi mal, Quintana,
que murió mi doña Juana;
muy justa venganza cobra
el cielo de mi crueldad,
de mi ingratitud y olvido...
¡Ay, Dios! Su verdugo he sido,
no lo fué su enfermedad.

QUIN. Déjame contarte el cómo
sucedió su muerte, en suma.

MAR. ¡Vuela el mal con pies de pluma,
viene el bien con pies de plomo!

QUIN. Rebosando de contento
al monasterio llegué
y tu carta la entregué;
regocijóse el convento,
salió á una red doña Juana,
díjela que en breves días
á su lado volverías,
y entonces de rosa y grana

su divina faz tiñendo,
la mía quedó mirando
como aquel que está escuchando
á uno que le está mintiendo.
De pronto, se desvanece
su color, los ojos cierra,
y queda como la tierra
cuando el sol desaparece;
pálida, triste, sombría,
silenciosa y reposada,
y dice: «No está guardada
para mí tanta alegría.
Aunque poco ha de tardar,
mi pena ya más no aguanta,
tengo el alma en la garganta
y ni aun puedo suspirar;
que si suspiro angustiada,
por mis labios sale fuera
para volver á la esfera
celeste, en que fué creada.
Que el alma es de Dios esencia,
viene al cuerpo con amor,
mas si en él halla el dolor
no hace larga permanencia.»
Después de esto, dando un grito,
dijo: «Adiós, don Mar...» Y en fin,
marchándose con el *tin*,
murió como un pajarito.

MAR. ¡Mi conciencia me acrimina!

QUIN. ¡A mí tanta pena junta
me pone el pelo de punta,
y la carne de gallina!

MAR. (Aparte.)
¡Agora llora y suspira
mi pecho!... ¡Agora el pesar!

QUIN. (Aparte.)
¡No sé en lo que ha de parar
tanta suma de mentira!

MAR. Me fijo en lo que acontece
y se me ocurre una cosa
por mi fe, tan horrorosa,
que me angustia y enloquece.

QUIN. Tú me dirás la razón.

MAR. Cuanto me está sucediendo

y cuanto estoy padeciendo,
¿no será en expiación
que Dios, de justicia avaro,
quiera imponerme furioso
por mi proceder dudoso?

QUIN. ¡Dudoso no; que es bien claro!

MAR. No me aflijas, ten piedad
y déjame concluir,
que ya estoy para morir
si lo que pienso es verdad.
Verás en lo que me fundo.
(Bajando la voz.)
¿No pudiera suceder
que el alma de esa mujer
anduviera por el mundo,
y haya venido á Madrí
á perseguirme, en venganza
de que maté su esperanza
y tan mal pago la dí?
Porque el hostigarme tanto,
ya de noche, ya de día,
es cosa de brujería.

QUIN. (Con fingida credulidad.)
¡Bien pudiera ser encanto!

MAR. Mi mesmo nombre tomar
de don Gil, el no encontralle,
aunque me mato en buscalle,
¿á qué lo debo achacar?

QUIN. ¡Reflexionas harto bien!

MAR. ¿No es todo esto conjetura
de que es su alma que procura
dar castigo á mi desdén?

QUIN. (Aparte.)
Seguiréle la corriente
que nos puede convenir.

MAR. ¿Qué dices?

QUIN. ¡Qué he decir!
¡Que opinas perfetamente!
Lo que escuché relatar
desde el día en que murió
doña Juana, pensé yo
que pudiérase tachar
de ilusión ó fantasía;
que el vulgo es aficionado

á dar á lo inesperado
matices de brujería;
mas ya que tú dices hoy
que el alma de mi señora
te persigue á toda hora,
al vulgo crédito doy,
y te diré lo que pasa.
En Valladolid... ¡qué horror!
nadie se atreve, señor,
á dormir solo en su casa;
porque en nubes de crespón,
doña Juana, una vez muerta,
va dando de puerta en puerta
golpes con el aldabón;
y temblorosa aparece
con vestido varonil,
diciendo que es un don Gil,
en cuyo hábito padece,
porque tú con ese nombre
andas aquí disfrazado
y sus penas has causado.
Su padre, en traje de hombre
todo de verde la vió
una noche, en que decía
que tu castigo pedía,
y aunque el buen viejo mandó
decir misas bien pagadas,
aun vaga, abriendo los brazos,
y pegando aldabonazos
donde ve puertas cerradas.

MAR. ¡De mi padre la ambición
á este trance me ha traído!...
Inés es rica...

QUIN. Entendido,
y él pobre de corazón.
Tu padre, si á verlo vas,
hace contigo, inhumano,
lo que del asno el gitano,
que le entrega al que da más.
Ya no dudes de que es
el alma de doña Juana,
que anda por Madrid...

MAR. ¡Quintana,
Dios maldiga el interés!

QUIN. Sentiría equivocarme,
mas que te cases no creo.

MAR. (Con fingida resignación.)
¡Es de mi padre el deseo
y debo sacrificarme!

QUIN. Pues mi lealtad te asegura
que tu existencia ha de ser,
más triste que «el no tener»,
y más que la noche, obscura
No gozarás de contento,
cuando el tálamo compartas:
tú sueñas venturas hartas,
y solo hallarás tormento.
Para que siempre te acuerdes
de tu conducta liviana,
en sueños verás á Juana
vestida con calzas verdes.
Como este será el color
que en tu mente ha de reinar
sin poderlo desechar,
no verás más que verdor,
en el vino, en el guisado,
en la ropa, hasta en la almohada,
y al dar un beso á tu amada
creerás que «verde» has besado.
Y si tienes sucesión,
como sea varonil,
tu mujer parirá un Gil;
y si es hembra, y no varón,
al preguntar en la pila
qué nombre se ha de poner,
muy bien puede suceder
que diga ella mesma: Gila.
En fin, muy avinagrada
tu existencia ha de correr,
porque todo lo has de ver
del color de la ensalada.

MAR. Si es cierto—que sí será—
que es alma en pena sin calma,
diré misas por su alma,
y así en el cielo entrará.
Ven conmigo á la Victoria
y haré que la digan mil.

QUIN. (Aparte.)
(¡A puras misas, don Gil,
os llevan vivo á la gloria!
(Vanse por el foro.)

ESCENA II

DOÑA INÉS y CARAMANCHEL por el foro

INÉS ¿En dónde está tu señor?
CAR. No han vuelto á verle mis ojos. .
He de comprarme anteojos
para buscarle mejor.
Aquí le ví hace dos credos,
y al estar más descuidado,
cual dinero mal ganado
se me escurrió entre los dedos.
Agora está que se muere
por una vuestra vecina
que Elvira se denomina. .
INÉS Cómo, ¿á doña Elvira quiere?
CAR. Por ella se hace pedazos.
INÉS ¿Sabes tú eso?
CAR. Sé yo
que esta noche la pasó,
por lo menos, en sus brazos.
INÉS Es falso.
CAR. No me remuerde
la conciencia; verdad digo,
que aunque es lampiño el amigo,
en sus hechos es muy verde.
INÉS Eres un gran hablador
y mientes, porque esa dama
es mujer que goza fama
de hacer respetar su honor.
CAR. Si es verdad ó si es mentira,
lo que digo sé por él.
y por aqueste papel
que aquí traigo á doña Elvira.
Hallé su casa cerrada
y mientras que vuelve á ella,

quiero en mi poder tenella,
(Enseñando una carta.)
porque es cosa delicada.

INÉS ¿Luego ya te has enterado?
Eres curioso imprudente.

CAR. Soy curioso, solamente.
En quien sirve no es pecado.
Y para darte un indicio
de que te quiero agradar,
mira por este resquicio
y te puedes enterar.
(Ahueca el pliego y figura que le lee con trabajo. Inés va haciendo el mismo juego, para lo cual se aproxima á Caramanchel.)
¿Aquí no dice *Inés vengo*,
deseo, me da... disgusto?
¿No dice aquí *plazo justo*,
y allí *noche... gusto*, *tengo*
algo más abajo... *tarde*
amor á doña... á ver voy?

INÉS (Figurando que lee.)
¡Oh, que infamia... *Vuestro soy...*

CAR. ¡Y aquí *mío... el cielo os guarde*!
Ve si es barro el papelillo;
todo esto es plata cobrada;
saca agora, si te agrada,
el hilo por el ovillo.

INÉS A lo menos sacaré,
leyéndole, el falso trato
de un traidor y de un ingrato.
(Queriendo quitarle el pliego.)

CAR. (Defendiéndose.)
Eso, nones; suéltale...

INÉS (Viendo que no vence, se saca precipitadamente del pecho un bolsillo y se lo entrega á Caramanchel.)
Ten en pago, majadero.

CAR. (Entregándole la carta.)
Soy de seda ante el metal,
porque no existe mortal
que no se rinda al dinero.

INÉS (Leyendo.)
«No hallo contento y gusto
cuando en verte no le tengo,
puesto que á ver á Inés vengo,

producíendo mi disgusto.
Ya deseo el plazo justo
de volver á hacer alarde
de mi amor, y aunque esta tarde
á ver á doña Inés voy,
no os dé celos.—Vuestro soy
bien mío, que el cielo os guarde »
Lindo papel, en verdad.
El que lo escribió parece
ruin trapero que apetece
las sobras de la ciudad.
Lo que otro al barro ha tirado,
don Gil recoge afanoso.
¡Viva, por lo escrupuloso,
y por lo... *muy resignado*!
Mi don Juan ha de matar
á don Gil, que aquesto es mengua.

CAR. (Aparte.) Pimienta lleva en la lengua:
ya la he dado que rascar. .
Gracias... Pero no me tache
(Mostrando el bolsillo)
tu juicio de hombre falsario.

INÉS (Con irónico desdén)
No tiene más que un rosario
con las cuentas de azabache.
(Vase derecha.)

ESCENA III

CARAMANCHEL

Lo merece mi traición,
y haré muy mal si me quejo.
Dios de la justicia espejo
me ha dado aquesta lición.
¡Esto debiera ocurrir
con todo traidor! .. ¡Sería
imposible, pues no habría
rosarios que repartir!
Voyme: mas no he de marcharme
por la puerta principal.
¿Fuí falso?... ¿Fuí desleal?
Pues bien, quiero castigarme

por la puerta falsa yendo,
lo mismo que el condenado
que después de haber pecado
de su delito anda huyendo.
(Vase izquierda.)

ESCENA IV

QUINTANA y DOÑA JUANA, de hombre, por el foro

QUIN. Misas va á decir por tí;
se ha creído la conseja
de que has muerto; mas no deja
de ver á Inés.

JUA. ¡Ay, de mí!

QUIN. ¿Por qué exhalas esa queja?

JUA. Porque me rinde el dolor,
me fatiga el batallar,
y en esta lucha de amor
he llegado á sospechar
que no saldré vencedor.
La boda de doña Inés
con don Martín es cercana.

QUIN. Se van á casar mañana.

JUA. Pues echar preciso es
la casa por la ventana.
¡Apelar á los extremos
más fuertes!

QUIN. Pues apelemos.

JUA. ¡Jugar *todo* por el todo!

QUIN. Pues por el todo juguemos;
tú me dirás de qué modo.

JUA. La traza te ha de asombrar;
es de las más atrevidas.

QUIN. Mayor que las discurridas
no es posible imaginar.

JUA. ¡Y puede costar dos vidas!

QUIN. ¡Id, doña Juana, despacio!

JUA. A mi padre has de escribir
y en la carta has de decir,
después de un triste prefacio,
lo que agora vas á oír,
y es lo siguiente, Quintana:

«Señor: don Martín Guzmán
hoy dió muerte á doña Juana.
Venid: que á enterrarla van,
sin que lo sepais, mañana.
Tomad la posta veloz
y castigad al malsín,
que aunque se llama Martín
aquí es don Gil de Albornoz.»
Esto lo hago con el fin
de que mi padre al llegar
dé parte al corregidor;
éste prende al matador
y así logro retardar
la boda de ese traidor.

QUIN. Escúchame este argumento.
Y después de averiguada
esa mentira fraguada,
¿qué sucederá?

JUA. Pues nada:
les inventaré otro cuento.

QUIN. ¡Dios me libre de tenerte
por contraria!

JUA. La mujer
se venga de aquesta suerte.

QUIN. Abur: te he de obedecer;
esto se llama quererte.

(Vase por el foro. Antes aparece doña Clara, Quintana la deja pasar haciéndola una reverencia)

ESCENA V

DOÑA JUANA y DOÑA CLARA

CLARA Señor don Gil, justo fuera,
tan solo por cortesía,
que para esta pobre, hubiera
un día... qué digo un día,
una hora, un rato siquiera.
También tengo casa yo
como doña Inés; también
hacienda el cielo me dió,

y también quiero yo bien
como ella.

JUA. ¿A mí?

CLARA ¿Por qué no?

JUA. A saber yo tal ventura
creed, bella doña Clara,
que por tenerla segura,
gota á gota derramara
mi sangre por su hermosura.
Por Dios que desde que os ví
en la huerta, el corazón
con loco placer os dí,
y al mesmo tiempo un girón
del alma que os ofrecí.
Mas yo no sé vuestra casa,
qué galán por vos se abrasa,
tampoco si es admitido...

CLARA Vivo... tenedlo entendido
en la calle de la Pasa.
Mis galanes, más de mil,
mas quien en mi gusto alcanza
el premio, por más gentil,
es verde, cual mi esperanza,
y es en el nombre don Gil.

JUA. ¡Esta mano he de besar!

CLARA ¡No me sabré resistir!...

INÉS (Va á salir por el foro, y al verlos se queda oculta tras la cortina.)
¡Jesús!... ¡Qué llego á mirar!
Desde aquí los quiero oir.

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA INÉS, oculta tras la cortina

CLARA En fin, ¿puedo asegurar
que respondéis á mi amor?

JUA. ¿Responder?... ¡Es un error!
Le aventajo en demasía,
porque mi amor, cada día,
es doña Clara, mayor.

CLARA Pues lo contrario parece;
que doña Inés os recrea,

y aquí estais para que os vea
desde que el sol amanece.

JUA. ¡Doña Inés es fría y fea!
Si Francisca se llamara,
todas las *efes* tuviera.
¡Tiene una cara más cara!
¡Qué más doña Inés quisiera
que á vos se la comparara!

CLARA ¿Por qué venís tanto aquí
si á mi prima no queréis?

JUA. En eso la señal veis
de que á ese sol me rendí
(Indicando el semblante de doña Clara.)
aunque agora lo dudéis.

INES ¡Qué bien regala mi oído!

JUA. Y como yo no he sabido
las señas de vuestra casa,
apagar he pretendido
el amor que mi alma abrasa
buscando en esta mansión,
fingiendo que á Inés deseo,
tus ojos que lumbre son
y en los cuales me recreo
con dulce satisfacción.

CLARA No quiero en profundidades
entrar. Mi amor os declaro,
y aunque mis honestidades
pudieran poner reparo
á decir estas verdades,
las confieso sin rubor
á don Gil, hombre de honor
que disculpa estos errores...

JUA. Y sabe estimar favores
en su debido valor.

CLARA Tomad otra vez la mano
por si la queréis besar...

JUA. Ya os lo iba á suplicar .. (Bésasela)

INÉS (Aparte.)
Ella acudió más temprano.
Eso sí que es madrugar.

CLARA (Siempre con mucha coquetería.)
Mi prima me espera—adiós.—
Loca estoy ya.

JUA. Y yo contento.

CLARA Ved á mi padre al momento,
y hoy mesmo fijad los dos
la fecha del casamiento. (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

DOÑA JUANA y á poco DOÑA INÉS

JUA. Ya que dí en embelecar,
salir bien de todo espero;
á doña Inés he de hablar...

INÉS (Apareciendo repentinamente por el foro.)
Enredador, embustero,
pluma al viento, corcho al mar;
¿no basta que á doña Elvira
engañes, que no repara
en honras, que el cuerdo mira,
sino que á mí y doña Clara
embeleque tu mentira?
¿A tres mujeres engaña
el amor que fingir quieres?
¡Si sales bien de esa hazaña,
te casas con tres mujeres
y serás turco en España!
Conténtate ingrato, infiel,
con la... *pobre* doña Elvira,
plato que ya don Miguel
de sus manteles retira,
porque se ha cansado de él.

JUA. ¿Qué dices, mi bien?

INÉS ¿Tu bien?
Doña Elvira, cuyos brazos
sueño de noche te den,
te responderá: Pedazos
un rayo los haga; amén.

JUA. ¿Elvira te da sospecha?
En lo que dices repara

CLARA No está mala la desecha.
Dígaselo á doña Clara.
Que ya está bien satisfecha
de vuestra palabra y fe.

JUA. ¿Eso te ha causado enojos?
¿Luego nos viste? Eso fué

burlarme de ella. Tus ojos,
compasiva, vuélveme.
(Acariciandola con mucho mimo)
Fíjate en los míos; ¡ea!...
¡Tu amor mi regalo es!

INÉS (Casi sollozando.)
¿Cómo quereis que yo os crea,
si decís que doña Inés
es para vos fría y fea?

JUA. Por divertirme un instante,
mientras que tu faz veía,
astro para mí brillante,
como el que sirve de guía,
al cansado caminante.

INÉS ¡Si Francisca me llamara,
todas las efes tuviera!
¡y mi cara es harto rara!

JUA. ¡Rara, sí, por lo hechicera,
eso dije á doña Clara!

INÉS Entre dos aguas quereis
flotar; y eso no en mi vida;
ó soy yo la preferida
ó es mejor que me olvideis.

JUA. ¡No pecais de agradecida!
Y si en dos aguas navego,
este argumento os entrego,
que no debeis rechazar:
hay agua para el sosiego,
y hay agua para matar.
El sediento, agua apetece
porque bebe y su mal cura.
El naúfrago, la aborrece
porque su muerte procura,
y bebiéndola perece.
Vos sois á la vida mía
el agua que da salud.
Doña Clara, es agua impía,
que convierte en ataud
la mar revuelta y bravía.

INÉS Cuanto más enamorado
me hablais, más siento la ira:
sois el rey de la mentira,
mil veces me hais engañado
ya con Clara ó con Elvira.

Y solo porque veais
lo que es mujer irritada,
ya no me detiene nada.
O por buenas os marchais,
ó aquí os dan una estocada.
A don Miguel, sin tardar,
por mi esposo le señalo;
á mi padre quiero hablar,
pues mi gusto al suyo igualo
y hoy mesmo me he de casar.

JUA. ¿Con remedios tan atroces
castigas leves pecados?
Oye, escucha...

INÉS (Dirigiéndose á la puerta del foro y seguida por doña Juana que quiere detenerla.)
Si doy voces
presto vienen mis criados...

JUA. De salud mil años goces,
como es verdad que soy fiel...

INÉS (Gritando.)
¿No hay quien se atreva á matar
á este infame?... ¡Don Miguel,
venid que os quieren robar
lo que estimais por joyel!

JUA. ¿Don Miguel está aquí?

INÉS ¿Quieres
trazar ya nueva maraña?
Aquí está ¡de miedo mueres!
(Gritando más fuerte.)
¡Este es el don Gil, que engaña
de tres en tres las mujeres!

JUA. Doña Inés, óyeme, mira
que conmigo eres cruel.
No llames á don Miguel...
que no soy Gil... Soy Elvira.

INÉS ¡Elvira! (Mirando fijamente á doña Juana.)
¡Asombro cómo él!

JUA. Sí, doña Elvira; ¿en la voz
y cara no me conoces?
¡Ni soy don Gil, ni des voces!

INÉS ¡Hay enredo más atroz!
¿Tú doña Elvira?... Otro engaño.

JUA. Pide para el desengaño
todas las pruebas que quieras;

doña Elvira soy de veras:
tus confusiones no extraño.
Oyeme bien. Por probarte
y ver si tienes amor
á mi don Miguel traidor,
he conseguido con arte
vestir del mismo color
que don Gil, á cuyo efeto
el propio don Gil prestó
auxilios á mi proyeto
y piadoso me dejó
su verde traje completo.
Por cierto que el tal galán
hablando, Inés, en justicia,
ansias de muerte le dan
por tu amor, que es su delicia.

INÉS ¿Don Gil siente por mí afan?

JUA. ¿Afán? ¡Está sin sentido!
Se halla prendado de tí,
de amor y celos perdido...

INÉS ¿De amor y celos por mí?

JUA. Como el suceso ha sabido
de don Miguel—de quien soy—
por mí no se mortifica,
y su amor, te le dedica.

INÉS ¡Confusa y dudosa estoy!
Elvira, don Gil ó diablo,
pues ya no sé con quién hablo,
no me puedo convencer...
¡Si no pareces mujer,
mas bien santito en retablo.
¡Hombre soís, duda no cabe!

JUA. Pronta estoy á someterme...

INÉS (Como concibiendo la idea en el momento.)
Aguardad... Van á traerme,
lo que ha de servir de clave
para lograr convencerme.
Agora lo vas á ver. (Acercándose á la derecha.)
no tienes por qué alarmarte.
Bernarda...
(Aparece Bernarda por la derecha, Inés la dice un recado en voz baja y aquella desaparece.)
(A doña Juana.) Vas á probarte
un vestido de mujer.

Si llega bien á sentarte,
si el talle á tu cuerpo ajusta
y la basquiña está justa,
daré crédito á tu aserto
juzgándole fijo y cierto.

JUA. ¡Esa prueba no me asusta!

(Sale Bernarda con un vestido de mujer, un manto y un abanico.)

INÉS (Vistiendo á doña Juana.)
Aquí está, ponte el vestido...
el manto á la faz ceñido...
el abanillo en la mano...
(Contemplándola embelesada.)
De Elvira ó de Gil vestido
es tu rostro sobrehumano.
A creerte ya comienzo.

JUA. ¿Te convences?

INÉS ¡Me convenzo...
y á la realidad me venzo!...
¿Pero es cierto, doña Elvira,
que don Gil por mí suspira?

JUA. Esta noche ha de rondarte,
amoroso irá á tu reja,
quiere que escuches su queja,
y en noche oscura adorarte,
si tu desdén no le aleja.

INÉS ¿Alejarle? ¡Qué locura!
Estando la noche escura,
bien pudiera suceder,
que para poderle ver
rompiera la cerradura.

ESCENA VIII

DICHOS y CARAMANCHEL, por el foro

INÉS (Al verle.)
¿Qué es lo que buscáis aquí?

CAR. Vengo á hablar con doña Elvira,
que entrar en la casa ví.

INÉS Bien cerca la tienes, mira.

CAR. (A doña Juana.)
¿Sois vos doña Elvira?
JUA. Sí.
CAR. ¡Jesús! ¡Qué es lo que estoy viendo!
¿Don Gil con basquiña y toca?
No os llevo más la mochila...
De día Gil, de noche Gila...
¡O estáis loco, ó estáis loca!
JUA. ¿Qué decís? ¡Volved en vos!
CAR. (Acercándose á mirarla.)
¿Que digo? Que sois don Gil
como un candil es candil;
si miento, me aplaste Dios
como si fuera un reptil. (Contemplándola.)
Está muy bien la maraña.
Azotes dan en España
por menos supercheria.
¡Así á la gente se engaña!
INÉS No la acuses de falsía
sin pruebas, que no es cristiano.
CAR. Yo doy mi opinión honrada.
(Reparando detenidamente á doña Juana)
¡La mesma boca, la mano,
la naríz arremangada!...
Y si no fuese arriesgada
la prueba..
JUAN ¡Que el tiempo pierdes!
CAR. La basquiña yo te alzara,
y de fijo me encontrara
debajo tus calzas verdes.
¡No hay más que ver esas cara!
Dame la cuenta en seguida
y deja que me despida,
que no quiero amo tener
que se pase aquesta vida
siendo ya hombre ó mujer;
que tras de ventajas pocas,
temo que un día me vayas,
(si das en costumbres locas)
a exigirme que use tocas
ó que me vista de sayas.
INÉS ¡Si es doña Elvira, por Dios!
CAR. ¿A mí engañifas, señora?
¡Aquesta, creedla vos!

JUA. ¿Y si viene antes de un hora
don Gil aquí y á los dos
nos veis juntos qué dirás?

CAR. No pienso volverme atrás,
que es muy firme mi opinión,
y sostendré en conclusión
que tú eres Gil y él es Blas.

JUA. Presto vendrá—seor curioso,
y sabréis la verdad cierta.

CAR. (Medio mutis.)
Estaré en la calle alerta,
que no hay nada más hermoso
que una verdad descubierta.
(Vase foro.)

ESCENA IX

DOÑA JUANA y DOÑA INÉS

JUA. (Dirigiéndose á la derecha.)
Vamos á la reja agora
que don Gil no ha de tardar...
¿Cuándo te casas, señora?

INÉS ¡Ay! no lo quiero pensar;
cada minuto es un hora,
y esto me irrita y me exalta.

JUA. ¡Calma ten, y toma tierra!

INÉS ¡Es que están haciendo falta
soldados para la guerra!
(Vanse derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Calle. A la derecha la casa de doña Inés, con reja grande, dando frente al público. Es de noche.

ESCENA X

DON JUAN, vestido de verde, y CARAMANCHEL sentado á la puerta de la casa, de modo que no vea á DON JUAN

JUAN — Aquí un misterio se encierra
que yo ansío descubrir,
y juro, por Dios loado,
que hoy lo he de ver aclarado;
vengo á matar ó á morir.
Los Giles son dos: alguno
vendrá su dama á rondar:
el traje quise imitar...
ya somos tres: mato á uno,
al otro mando prender,
y el campo libre, y sin miedo,
de aquesta manera puedo
al que viva suceder.
Mi doña Inés, asomada
á la reja—bueno va,
comienzo mi farsa da.
Doña Inés, mi prenda amada,
rosa nacida en Abril.
(Debo disfrazar mi voz.)

INÉS — ¿Eres don Gil de Albornoz?

JUAN — Sí, mi vida, soy don Gil.

CAR. — Aquí espero á mi señor
aunque un mes tarde en volver,
porque rabio por saber
si he caído en el error
al no quererme tragar,
la mal urdida mentira
de que don Gil es Elvira...
Paréceme que oigo hablar.

(Acercándose á la esquina, sin ser visto por don Juan ni por doña Inés.)

¿Será mi amo el rondador?
Escucho, aunque con trabajo.
No: Este tiene voz de bajo
y de tiple mi señor.

(Trata de escuchar á los de la reja: salen por la izquierda don Martín y Osorio: aquél vestido de verde: los ve Caramanchel y se hace atrás.)

ESCENA XI

DICHOS, DON MARTÍN y OSORIO

CAR. ¿Otro don Gil? Esto es bueno.
¿Soñando estoy, ó es visión?...
¿Si me hallaré en un colchón
creyendo estar al sereno?
¿Dios mío, si será encanto?

MAR. Osorio, me he decidido,
de don Gil copié el vestido
ya que á Inés le gusta tanto
Calzas verdes yo me he puesto.
¿Calzas quieres? Calzas ten.

OSORIO Yo me las pondré también
á ver en qué para esto,
que en Madrid, por varios modos,
de este suceso enterados,
los hombres verdi-calzados
andan por la calle todos.
Moda es lo verde, rabiosa.

MAR. ¡Es color de la esperanza!

JUAN Gran suerte mi amor alcanza!

INÉS Don Gil mi vida es dichosa.

MAR. (Aterrorizado.)
¿Don Gil no has oído?

OSORIO (Aterrorizado.) Sí.

CAR. (Sobrecogido.)
¡Don Gil escuché, á fé mía!
¡Dios padre, qué gilería
se ha desarrollado aquí!

MAR. Este don Gil debe ser
el alma de doña Juana.

OSORIO (Cada vez más medroso.)
¿Qué dices?
MAR. Sí, por Quitana
hélo llegado á saber.
En sus noticias me fundo.
OSORIO Me voy (Aparte.) no puedo tenerme.
Abur... ¡No quiero meterme
en cosas del otro mundo! (Vase corriendo.)

ESCENA XII

DICHOS menos OSORIO

MAR. Su alma, sin duda es...
mi valor vacila ya...
JUAN (A doña Ines.)
Un moscón cercano está
y voy espantarle, Inés... (A don Martín.)
¿Qué buscais? ¡Atrás ó alante!
MAR. Busco á un amor conquistado.
JUAN Ese amor ya se ha mudado
de habitación y de amante.
(Aparte.)
¡El don Gil aborrecido
por Inés!
CAR. (Aparte.) ¡El otro es manco!
JUAN Don Gil, el verde ó el blanco...
pues que ya os he conocido,
sabed que llegó el momento
para mí tan deseado,
aunque por vos esquivado.
Reñid, si tenéis aliento.
MAR. Parad: quien en noche oscura
sin verme sabe mi nombre,
es alma en pena, y no hombre,
que baja desde la altura.
JUAN No os comprendo ni me importa;
sacad he dicho el acero.
Si el labio tenéis ligero,
no tengais la espada corta.
MAR. No la saco á relucir
contra el alma de difuntos,

con almas y cuerpos juntos
es como yo sé reñir.

JUAN ¿Eso es decir que estoy muerto
de asombro y miedo de vos?

MAR. Si estais gozando de Dios,
que así lo tengo por cierto,
y en camino de salvaros,
Doña Juana, ¿qué buscais
de mí? ¿qué más deseais
si ahora acabo de rezaros
y á más cien misas os dije?
Volad al cielo en seguida;
y gozad de la otra vida.
Vuestro recuerdo me aflige.
Yo os amé como sé amar...
Si fuérais de carne y hueso,
doña Juana, os lo confieso,
fuérais conmigo al altar.

JUAN ¿Qué es esto, yo doña Juana,
yo difunto, yo alma en pena?

CAR. ¡Qué oigo! Esta sí que es buena;
voy á la iglesia cercana;
y si con el cura topo,
le tengo que suplicar
que venga presto á espantar
este alma con el hisopo. (Vase izquierda.)

ESCENA XIII

DICHOS menos CARAMANCHEL

INÉS ¡No es ninguno mi adorado!

MAR. (A don Juan, con el que ha estado disputando en voz baja, mientras han hablado Caramanchel y después doña Inés.)
Yo te ruego, alma inocente,
por aquel amor ardiente
que en vida me has consagrado,
que te vuelvas á los cielos
y ceses en tu porfía:
yo nunca creí que había
en el otro mundo celos.
Deja en la tierra de andar

con mi nombre y con mi traje,
que aunque tu recuerdo ultraje
con Inés me he de casar.
Vuelvo al templo. A tu memoria
encargaré las precisas,
¡á ver si á fuerza de misas
logro que entres en la gloria! (Vase izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS menos DON MARTÍN

JUAN ¡Vive Dios que se ha marchado
esquivando la cuestión!
¡Es graciosa la invención
que el miedo á mí le ha inspirado!
Quiero volver á mi puesto,
por si don Gil el menor
es hoy también rondador. (Dirígese á la reja.)

INÉS En gran peligro os ha puesto,
don Gil, vuestra valentía.

JUAN Amor no teme, que es fuerte;
y si por vos me dan muerte
muero dichoso, Inés mía.
Oigo ruido... ¿qué es aquesto?

ESCENA XV

DICHOS y DOÑA CLARA, que aparece por la izquierda vestida de hombre con traje verde

JUAN ¿Será el don Gil infantil?
Hoy, sin matar á un don Gil,
vive Dios que no me acuesto.

CLARA Los celos valor me dan
para andar en traje de hombre,
sin que á mí propia me asombre.
¡Y á fé que vengo galán!
Para ver si don Gil ronda
á doña Inés, y me engaña,
hice esta amorosa hazaña;
mi pasión por mí responda.

JUAN (A Ines.)
Aguardad, sabré quién es...
(Se aparta de la reja y se echa atrás, para conocer la figura de doña Clara.)

CLARA (Mirando á la reja.)
Gente á la ventana está;
llegarme quiero hacia allá
por si acaso doña Inés
á don Gil está esperando,
que él me tengo que fingir
por si puedo descubrir
celos que me están matando.
(Acercándose respetuosamente á la reja.)
¡Dios os guarde! Si merece
hablaros, bella señora,
un don Gil que en vos adora,
y que su alma os ofrece,
don Gil de las calzas soy,
verdes como mi esperanza.

JUAN (Aparte.)
(Otro Gil entra en la danza;
el niño; este muere hoy.)

INÉS (Con regocijo.)
El és, mi don Gil querido
que en el habla delicada
le reconozco; engañada,
necia, por don Juan he sido,
que es sin duda el que hasta aquí
hablando conmigo ha estado.

JUAN (Aparte.)
(El don Gil idolatrado
es este.)

INÉS Triste de mí,
que temo que ha de matalle
este don Juan atrevido.

JUAN (Acercándose á doña Clara.)
Huélgome que hayais venido
á este tiempo y á esta calle,
pues juro que hais de llevar
el pago que merecéis.

CLARA ¿Quién sois vos, que os prometéis
tal hazaña realizar?

JUAN ¿Que quién soy? Don Gil me llamo
y es Albornoz mi apellido,

y habréis de tener sabido
que á doña Inés sirvo y amo.

CLARA El diablo me trajo acá:
hoy os matan doña Clara.

ESCENA XVI

DICHOS, DOÑA JUANA (de hombre) con QUINTANA y CARAMANCHEL

JUA. Hay gente en la calle.

QUIN. Espera,
reconoceré quién es.

CLARA (A don Juan.)
¿Don Gil sois?

JUAN Y doña Inés
mi dama.

CLARA ¡Quién lo dijera!

JUA. Caballeros, libre el paso.

JUAN ¿Quién lo pregunta?

JUA. Don Gil.

CAR. Ya son cuatro y serán mil,
que ha de repetirse el caso.

INÉS Caramanchel, no te apartes.

JUA. Con razón hablando estoy,
que don Gil el Verde soy
aquí como en todas partes.

CLARA Mientes, porque el verdadero
soy yo, como puedes ver.

JUAN Esto lo he de resolver
con la punta de mi acero,
que ya me cansa la broma. (Saca la espada.)

QUIN. (Sacando la suya con valentía.)
¡A reñir!... ¡Fuera mujeres!

CAR. (Idem)
Yo te daré lo que quieres.

QUIN. Yo lo que no quieras; ¡toma!...
(Dale una estocada. Doña Juana y doña Clara se han replegado, aterrorizadas, á la reja.)

JUAN (Luchando ya.)
¡Al pecho tiro, traidor!

CAR. ¡Al vientre, aquesta te mando!
(Tírale una estocada.)

A mí me gusta lo blando,
que se digiere mejor.

INÉS (A doña Juana y á doña Clara.)
Giles míos, amparad
al otro don Gil los dos. (Cierra la reja.)

QUIN. Pedille el socorro á Dios;
que os mando á la eternidad.
(Le tira una estocada y cae don Juan dentro.)

JUAN ¡Muerto soy, confesión pido!

JUA. (Aproximándose con Caramanchel, Quintana y doña Clara al sitio en que ha caído don Juan.)
Oye para que te acuerdes:
¡Don Gil de las Calzas Verdes
es el hombre que te ha herido!

QUIN. ¿Qué dices?

JUA. ¡Es con malicia!
la ronda llegará al fin
y prenderá á D. Martín
creyendo que hace justicia.
(Vanse todos precipitadamente por la izquierda segundo término.)

ESCENA XVII

DON MARTÍN, por la derecha. Empieza á amanecer

Vengo, decididamente
á entrar de don Pedro en casa;
esto que ocurre, ya pasa
de lo cuerdo y lo prudente.
Quiero, confeso y contrito,
de aqueste Madrid marcharme;
casado, si he de casarme,
soltero, si así está escrito.
(Acercándose á la puerta de la casa.)
Animo, y á descubrir
el enredo enmarañado,
en mal hora imaginado,
que así no puedo vivir.
(Va á llamar á la puerta en el momento en que salen por la izquierda Quintana, don Diego y Alguacil.)

ESCENA XVIII

DICHOS, QUINTANA, DON DIEGO y ALGUACIL.

QUIN. (A don Diego.)
Este es el don Gil fingido,
á quien conoce su patria
por don Martín de Guzmán,
y el que ha muerto á doña Juana.

DIEGO ¡Miserable!... si la edad
en que estoy, no lo estorbara,
mis canas yo teñiría
con tu sangre depravada.
(Al Alguacil.)
Llegad, señor, y prendelle.

ALG. Dad, caballero, las armas.

MAR. (Asombrado.)
¿Yo?

ALG. ¡Sí!

MAR. ¿A quién?

ALG. ¡A la justicia!
(Entrega la espada don Martín.)

MAR. ¡Estas son nuevas marañas!
¿Por qué culpa me prendéis?

QUIN Por la razón lisa y llana
de haber matado á tu esposa
dándola de puñaladas.

MAR. (Queriéndole acometer.)
Mientes, traidor, que tal dices;
y á no hallarme sin espada,
en sus filos ya estaría
la lengua conque me infamas.

DIEGO (Enseñando un pliego.)
Aquesta carta lo dice...

MAR. Pues también dice otra carta
que no salió de San Quirce,
en donde estaba encerrada;
ella mesma la escribió.

DIEGO Porque finges letras falsas
del modo que el nombre finges.

ALG. Despacio haréis la probanza,

señor, de vuestra inocencia,
en la carcel.

QUIN. (Invitando al Alguacil á que prenda á don Martín.)
Sí, que vaya,
y allí á fuerza de tormento...

MAR. Vamos, y de una vez salga
de estos enredos infames
que con mi existencia acaban.
(Al hacer mutis, son detenidos por don Antonio y Celio.)

ESCENA XIX

DICHOS, DON ANTONIO y CELIO

CELIO ¡Padre y señor, este es
don Gil de las Verdes Calzas!

ANT. ¡Malvado! ¡A pedirte vengo
que cumplas fiel la palabra
que de ser esposo distes
á mi hija doña Clara!

CELIO O morirás á mis manos.
Joven soy y tengo espada.

MAR. Señor, ¿queréis entregarme
por caridad vuestra daga
para arrancarme una vida
que aunque corta ya me cansa?

ANT. ¡Doña Clara os quiere vivo!

MAR. ¿Pero quién es doña Clara?
Yo no soy el que buscais.

ANT. ¿Sois don Gil?

MAR. Así me llaman,
mas no el de las Calzas Verdes.

ANT. ¿No son verdes esas calzas?

DIEGO ¿Pues decid de qué color?
Mas no temais, que en la plaza
sobre infamante tablado
confesará sus hazañas,
que el rey sabe hacer justicia.

MAR. (Desesperado.)
¡Mi honor pongo en el monarca,
que no en vano representa
el honor de toda España!

ESCENA XX

DICHOS, FABIO y DECIO, que salen del lado por donde cayó herido don Juan

FABIO (A Decio.)
Ese es el que hirió á don Juan.
DECIO ¡De aquesta no se me escapa!
(Al Alguacil.)
¡Poned, señor, en la cárcel
á ese hidalgo!
MAR. ¡Pues ya escampa!
FABIO Hirió á don Juan de Toledo
de una traidora estocada.
MAR. ¿Qué don Juan, señor, es ese?
¿qué heridas, qué cuchilladas?
(Al Alguacil.)
Ved que mi espada está limpia.
Mirad, señores, que el alma
de doña Juana, difunta,
que en pena por Madrid anda,
es la que todo lo enreda.
DIEGO ¿Declarais, pues, que es su alma?
(Signos de asentimiento de don Martín.)
Pues á confesión de parte,
toda prueba es excusada.
¡Si es su alma, es que es difunta,
vuestra conciencia os delata!
QUIN. Quietos, que salen aquí
quienes, con razón sobrada,
podrán mejor que ninguno
dar luz en estas marañas.
También don Juan aquí llega.
Esto da paz á mi alma...
Cayó herido por el susto,
pero no por mi estocada.

ESCENA XXI

DICHOS y DOÑA JUANA, de hombre, DON PEDRO, DOÑA INÉS, DOÑA CLARA, de mujer, y DON JUAN, con una venda en la mano. Salen todos de casa de don Pedro, menos don Juan que sale por la derecha

JUA. (Dirigiéndose á su padre y abrazándole.)
¡Padre de los ojos míos!
DIEGO ¿Cómo? ¿Quién sois?
JUA. Doña Juana,
su hija.
DIEGO ¡No has muerto!
JUA. ¡Vivo!
DIEGO Entonces, aquesta carta..
JUA. Todo fué porque vinieras
á esta corte, donde estaba
don Martín, que don Gil hecho
ser el marido intentaba
de doña Inés, á quien dí
cuenta de esta historia amarga.
Yo he sido el don Gil fingido,
célebre ya por mis calzas...
y alma en pena por tu amor...
(Cariñosamente á don Martín.)
que sin tu amor, no soy alma.
DIEGO ¡La mía se satisface
viéndote viva!
MAR. Mis ansias
tienen fin. Dame tu mano,
al altar quiero llevarla,
que sólo así, Dios, clemente,
me concederá su gracia.
CLARA (A don Pedro.)
Engañóme, como á todos,
don Gil de las verdes calzas.
INÉS (A don Juan.)
Don Juan, siempre he sido tuya,
mi corazón te adoiaba.
JUAN En la iglesia han de tener
realidad mi esperanzas.

PEDRO (Aparte á doña Juana.)
Señora: para engañar,
tuvistéis que andar en calzas:
sin ellas, mi doña Inés,
al necio don Juan engaña.
Para hacer su elogio, digo
que en ingenio os aventaja.

JUA. (Aparte á don Pedro.)
¡Todo aquel que simple nace,
se mete él mesmo en la trampa!
(Al público.)
Tres siglos cuenta de vida
comedia tan afamada,
por el mundo celebrada
y con júbilo aplaudida.
Si perdió al ser refundida,
bate palmas al autor,
que meritos atesora,
y no extremes tu rigor
con la mano pecadora
del audaz refundidor.

FIN DE LA OBRA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

ORIGINALES

Cuadros al fresco.
El Teatro moderno.
El arte por las nubes.
Enfermedades reinantes.
Juicio de exenciones.
¡A perro chico!
Un domingo en el Rastro.
Fiesta nacional.
¡Hoy sale, hoy!
¡Bateo, bateo!
Pavo y turrón.
El corral de las comedias.
Ultramarinos.
Los portales de la Plaza.
¡Amén! ó el ilustre enfermo.
Las recomendaciones.
Carranza y Compañía.
Los lunes de «El Imparcial».
La noche de «El Trovador».
La niña del estanquero.

Obras de Tomas Luceño,

REFUNDIDAS

Gori, gori, ó el Portugués en Madrid.
La hermosa fea.
Don Lucas del Cigarral.
A estudiar á Salamanca.
La moza de cántaro.
La discreta enamorada.
El Licenciado Vidriera.
El mejor alcalde el Rey.
El mayor imposible.
Don Gil de las Calzas verdes.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*